

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 55.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Octubre 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*Entre dos evoluciones*, por Anselmo Lorenzo.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*París*, por Emilio Zola.
SECCION LIBRE: *Los dos prisioneros y las dos misas*, por José López Montenegro.—*Personalidad*, por Leopoldo Bonafulla.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.—*A los charlatanes de oficio*, por Francisco Pérez.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL TERCER ARTÍCULO)

Sócrates tenía sobre sus rivales la ventaja de ser sencillo en su trato y en su vida. Esta sencillez valió al pensador moralista que no tuviera necesidad de echar mano de la falsía ó del halago para proporcionarse comodidades, cuya falta no sentía ó que si sentía sabía disimular. El método de vida que uno toma influye en su honradez. El que se crea vicios ó necesidades cuya satisfacción exige un gasto que legítimamente no puede soportar, á la larga estos vicios ó estas necesidades le hacen ser traidor á sus ideas. Por sabido se calla que el hombre tiene el derecho de satisfacer aquellos deseos que su naturaleza reclame, pero en tanto no establezcamos un sistema social que garantice este derecho, hemos de procurar que el afán que sentimos para vivir lo más cómodamente posible, no nos haga esclavos de los que, por su riqueza, pueden ofrecernos ciertas garantías de bienestar en la sociedad presente. Esta condición es de gran fuerza dentro de unas humanidades que viven de la oferta y la demanda, pues el sabio y el filósofo hacen lo que el tendero: adulteran su mercancía, que es el talento, para ir tirando lo más agradablemente posible. Por eso hay falsa ciencia y falsa filosofía y hasta arte falso.

Ignoramos si Sócrates era un sabio en el significado que hoy se da á la palabra. Conocía, sí, la música, la retórica, la geometría y la astronomía; pero en Atenas se conservaban dos obras de escultura debidas á las manos de Sócrates, cuya profesión ejerció en su juventud.

Nos inclinamos á creer que Sócrates fué uno de esos talentos que se forman solos, sin más maestros que la lógica y las experiencias, ni otros medios que una voluntad poderosa y un cerebro bien organizado. Además, el nombre de Sócrates no ha llegado á nuestros días como geómetra ni como astrónomo, y es de suponer que la astronomía y la geometría de los sabios de aquel tiempo no estaría á la altura de los conocimientos que sobre la materia adquirirén en la escuela primaria nuestros hijos. En la cien-

cia que más se distinguió Sócrates fué en filosofía, y de esta asignatura no se le conoce maestro. Y es que se puede aprender á escribir, á cantar, á tocar; á tener sentido común, no, porque es una condición de nuestra estructura cerebral que no se aprende con el estudio. Sócrates, que poseía la ciencia del talento nativo, se creó, para su uso particular, un arsenal de ciencia infusa que nadie le podía robar, porque estaba formada de materiales cerebrales que él solo poseía. En este estado tuvo que habérselas en Atenas con sofistas y profesores más sabios que él, sin duda alguna, pero ninguno tan modesto ni más inteligente.

Privaba por aquel tiempo en Atenas el escepticismo, pero un escepticismo sin finalidad moral ni social. La mayoría de los profesores enseñaban que el bien y el mal, la verdad y el error no existían más que en las preocupaciones de los hombres. Ignoramos si Sócrates creía en lo justo y lo bueno; lo que sí se sabe es que creía en la necesidad moral de creer en dichas abstracciones.

Llamamos abstracciones á lo bueno y á lo justo, porque no tienen una significación real, absoluta, ni igual en todas partes. Además, no pueden tenerla, porque lo bueno y lo justo se aprecian en virtud de una comparación entre lo malo y lo injusto, diferente, también, según los países, y hasta en un mismo país, según la educación que se ha recibido y la clase social á que se pertenece. Desde el absolutista al anarquista, ¡cuántas justicias se encuentran y cuántas bondades podemos hallar! No hay una bondad ni una justicia para todo el mundo. Justa era la esclavitud para Platón y Aristóteles. El burgués pena los ataques contra la propiedad; el socialista estima la expropiación como medida equitativa. En el orden moral, ¿dónde hay una virtud eterna, de todo tiempo y lugar? En ninguna parte. Hasta los ataques á la libertad individual, lo más sagrado para nosotros, hallan justificación y amparo en todas las formas de gobierno.

Se alaba á Sócrates, porque supo poner una justicia objetiva frente las doctrinas escépticas de su tiempo; pero Sócrates no pudo encontrar un concepto absoluto de lo bueno y de lo justo. Por eso no prosperó su idea de la bondad y de la justicia, como no prosperan nunca las ideas absolutas cuando se basan en el hombre abstracto, espiritual, como hacía Sócrates al decir que ni la verdad ni la bondad ni la justicia dependían de nuestro pensamiento, sino que se imponían á él. Hay una bondad, una justicia y una verdad absolutas: la que se siente, acata y reconoce en virtud de nuestras condiciones materiales sin necesidad de comparación alguna. Por ejemplo, si Sócrates hubiese dicho: es justo y bueno que cuando el hombre tenga sed, beba; que cuando tenga gana, coma; que cuando tenga necesidad y reúna condiciones para saber, sepa (1), sin que ley, retórica ni eufemismo alguno pueda impedirlo, sus conceptos de la bondad y de la justicia hubieran sido eternos, porque verdades absolutas son, en España y en todas partes, las necesidades materiales; justas, porque son necesidades reales y han de ser satisfechas en toda ocasión y sitio, bajo pena de trastornos orgánicos que acarrearán la muerte. Y por ese tenor, ¡qué sistema filosófico más humano, justo y moral podía formar la privilegiada inteligencia de Sócrates! No supo ó no quiso ver estas verdades eternas, ni las supieron ver otros filósofos, y el tiempo acabará con los convencionalismos ideológicos de toda filosofía.

*
* *

Dueña Grecia del mundo civilizado, á ella acudieron los aventureros de la política y de las letras á poner cátedra de filosofía, de ciencia ó de oratoria, convertidas en-

(1) Afirmamos en absoluto que la necesidad de saber y las condiciones para saber van siempre juntas.

tonces en una especie de gimnasia intelectual. Todo el saber se ocultaba en el arte de la controversia, detrás de una frase efectista, ingeniosa. De ahí el gran predominio que entre la juventud y las clases pudientes de Atenas tenían los llamados sofistas, maestros en el arte de la apariencia y en el de la forma; y estos sabios, que sólo poseían una ciencia aparente, no porque supieran menos que Sócrates, sino porque se tenían en más, fueron los enemigos del maestro, á quien no podían perdonar que debajo de su modestia y sencillez, se ocultase un poderoso rival que los ridiculizaba casi siempre y de quien huían como gato escaldado huye de agua tibia.

Estamos nosotros de acuerdo con los que dicen que lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, no existen como realidades absolutas. Tanto tenían razón los llamados sofistas al negar la justicia y la bondad, que cuando los sabios y los filósofos de todos los tiempos han querido demostrar la existencia de una verdad eterna en el orden moral ó espiritual, han presentado diferentes verdades; como las religiones de todas clases presentan diferentes dioses, cuando intentan demostrar la existencia de un dios único. Nada mejor que su mismo empeño y su obra misma para demostrar el error que padecen. Pero la razón que asistía á los sofistas no era tal razón desde el momento que no hacían de su propaganda negativa y disolvente una finalidad moral en beneficio de la especie humana, sino que la hacían en beneficio propio. Por ejemplo, si hubiesen dicho que las verdades absolutas no son tales verdades, desde el momento que se modifican con el tiempo y el sitio, y que, por tal motivo, no merecían que las generaciones se fanatizaran en ellas, ni que, para defenderlas, se nombrasen tribunales y se decretasen leyes que obraban y obran contra otras verdades y otras justicias, igualmente eternas y absolutas, hubieran hecho una hermosa labor y en extremo útil. Pero nada de esto hacían: se concretaban á quitar de la inteligencia el ideal abstracto sin poner en su lugar el ideal positivo. Eran como aquellos escépticos que niegan á Dios y la vida futura y reniegan del hombre y de la vida presente. Hay que creer en la bondad de un ser sobrenatural ó en la de la humanidad; hay que tener fe en una vida mejor que ésta en el cielo ó en otra vida mejor que la presente en la tierra. Si se cree en Dios, la suma bondad y la suma justicia está en Dios; en este caso la verdad es abstracta, espiritualista, precedera como todos los dioses. Si se cree en el hombre, la suma bondad y la suma justicia está en el hombre; en este caso la verdad es positiva, materialista, eterna. Nace de nuestras propias necesidades, las cuales son la base de esta finalidad material que se llama placer, sostén de la moral verdadera, porque nadie hay tan bueno como un ser satisfecho de la vida.

Sócrates creía en Dios, en Dios único. Lógico era, pues, que creyera en una bondad y en una justicia absolutas fuera de la naturaleza del hombre. Á quienes faltaba lógica era á sus rivales, que no teniendo fe en una justicia ni en una bondad eternas, creían en la existencia de los dioses, los cuales á sus ojos ninguna significación tenían desde el momento que no los consideraban el símbolo de la suma perfección, ni dotaban á los mortales de un imperecedero ideal de justicia. Quien no cree en una bondad que sea la representación de Dios, que viva independiente de los mortales y que se impone á ellos por sus virtudes, no puede creer en Dios, porque le faltará motivo para poder concebirlo.

Y es mas raro el fenómeno intelectual que presentaban los adversarios de Sócrates, porque después de dudar de la justicia y de la bondad, como ideales extrahumanos, no dudaban del poder y de la ley representantes en la tierra de aquella bondad y de aquella justicia puestas en duda y hasta negadas; al contrario, acataban los pode-

res y recurrían á la ley para perder á sus rivales: á nombre de la verdad y de la justicia que representaban los dioses, pidieron la cabeza de Sócrates. He aquí por qué éste, estando en un terreno más falso que sus rivales, en cuanto al asunto concreto de la existencia de una bondad y una verdad eternas, fuera del dominio de todo hombre, triunfó moral é intelectualmente. En cuestiones filosóficas, la lógica puede siempre más que cualquiera condición.

A las humanidades no se les puede quitar un ideal sin darles otro ideal nuevo. La negación no puede andar sola, ha de ir acompañada de una afirmación. Sócrates presentaba un ideal falso, pero presentaba un ideal. Sus adversarios estaban en lo cierto al afirmar que lo bueno y lo justo eran abstracciones, no realidades; pero, ¿dónde estaba el ideal, el objeto con que relevar las viejas creencias? En ninguna parte, y sin objetivo no es posible la vida.

En la forma indicada por nosotros para combatir las verdades absolutas, se hacen hombres tolerantes, respetuosos con todas las personas y las ideas, porque dudando de la veracidad de todo ideal abstracto, de toda doctrina espiritualista, el dogma, en cuyo nombre se han asesinado tantos miles de seres humanos, no puede tener fuerza para imponerse, y en cambio se pueden elevar á verdades eternas las leyes naturales que cada uno lleva en sí, indiscutibles, ilegislables, verdad entre todas las verdades y justicia entre todas las justicias. Puede haber dudas sobre la causa primera, sobre el estado de la materia al principio del tiempo, sobre la existencia del espíritu, sobre el concepto de la moral, sobre el tiempo mismo; no puede haberlas en lo que nos dice el estómago cuando pide que comamos, ó el corazón cuando exige que amemos, ó las piernas y los brazos cuando reclaman reposo ó movimiento, ó el sistema nervioso cuando demanda emoción estética, ó la materia cuando pide goce, ó el cerebro cuando intenta conocer los fenómenos de la naturaleza. Sobre esto no puede haber dudas, y esto bien puede constituir un ideal sublime y grande y un hermoso objetivo de vida para los fuertes.

Para que los adversarios de Sócrates vencieran moralmente, les faltaba este ideal eterno, exacto, verdadero. Y no hubiera sido floja la lucha que hubiesen tenido necesidad de sostener contra Sócrates, contra el mismo poder que les dió la razón condenando al maestro y contra la humanidad entera. Quizá por esto fueron ilógicos y perdieron el pleito ante los ojos de la posteridad. De momento y contra Sócrates habían de alcanzar la victoria material; la alcanzan todos los farsantes desde que se constituyó el mundo sobre el privilegio y la injusticia. Fuerte Sócrates en que el mejor conocimiento es el de nuestra ignorancia, fía su superioridad en la falsa ciencia del adversario, quien, por otra parte, como vivía á costa del privilegio, no podía desprenderse del falso concepto de la sociedad y del individuo. Si hubiesen levantado al pueblo á nombre de la verdadera justicia, de aquella que da á todos los hombres derecho á la vida y al goce, los llamados sofistas hubieran sido vencidos teniendo la razón de su parte. Estando la lógica de parte de Sócrates fueron los vencedores, porque Sócrates representaba el espíritu revolucionario, á pesar de su criterio conservador. Sócrates decía que más que á los dioses del Olimpo obedecía al Dios que sentía en su interior. Indudablemente debía referirse á su conciencia. Contra los ideales religiosos no hay conciencia que valga. Los partidarios del Dios único hicieron después contra los nuevos herejes lo que los adoradores de los dioses habían hecho con uno de los primeros creyentes en la unidad divina.



Anyto y Melito acusaron á Sócrates ante los jueces de negar los dioses de la República poniendo en su lugar extravagancias demoniacas, y de corromper á la juventud. El filósofo fué condenado por escasa mayoría, y al preguntarle los jueces qué pena quería que se le impusiera, como era costumbre en Grecia, Sócrates dijo que merecía ser mantenido á costa de la República hasta acabar sus días. Exasperados los jueces por esta salida tan orgullosa y tan de hombre entero, le condenaron á muerte. Pudo huir y no quiso: mal hecho. Platón le propuso que se retractase de sus ideas para salvar la vida. Sócrates se nego á ello: muy bien hecho. Sócrates vive aún; nadie se acuerda de sus jueces, y si el nombre de sus acusadores ha llegado hasta nuestros días, débese á la fama universal de su propia víctima.

La obra de Sócrates consiste en haber definido el verdadero concepto de la filosofía; en haber fundado una filosofía del hombre, es decir, en haber elevado el pensamiento humano desde la mágica, la transmigración, el principio de las cosas, etc., hasta las cualidades del hombre; en haber creado la lógica, la física, la ética y fundar en ellas la unidad científica; en haber establecido una moral para curar las enfermedades que él llamaba del espíritu y creer necesaria la inmortalidad del alma y la vida futura para completar y estimular la curación de aquellas dolencias. Como hombre, Sócrates fué un dechado de buenas costumbres. Puede decirse que ellas entraron á formar parte de la filosofía socrática, y que son una condición del filósofo digno de tal nombre.

FEDERICO URALES.

(Continuará.)

ENTRE DOS EVOLUCIONES

Un sabio francés, al servicio del jesuitismo y en pugna con la humanidad, tuvo la osadía de proclamar la bancarrota de la ciencia, lo cual demuestra que hay sabios que ignoran las nociones fundamentales de la dignidad y son capaces de cambiar la verdad por las gangas de una posición.

Mucho se ha discutido tan atrevido concepto: tarea inútil; siempre ha de quedar patente que la ciencia, como conocimiento cierto que es de las cosas por sus principios y sus causas y agrupación en cuerpos de doctrina metódicamente formados y ordenados de los conocimientos que constituyen ramos particulares del humano saber, no puede quebrar jamás; pero ninguno de los contradictores del famoso Brunetiere, tuvo energía suficiente para elevar la réplica á la altura de castigo merecido, proclamando á su vez con perfecto derecho y absoluta justicia la bancarrota de la revelación.

En efecto, pueden haber desvanecido muchas hipótesis teóricas tenidas por ciertas ante la demostración patente de los hechos suministrada por la observación, y si se quiere por descubrimientos casuales, que á esto y nada más que á esto se refiere la supuesta bancarrota de la ciencia, pero nada de lo que constituye conocimiento positivo ó ley general comprobada ha perdido un átomo de su prestigio; en cambio la gran hipótesis, la que invocaron é invocan constantemente todos los ignorantes del mundo, aquella hipótesis innecesaria de que hablaba Lalande contestando á Napoleón cuando le echaba en cara que nunca hablaba de Dios, el Dios creador y conservador,

en una palabra, pierde terreno cada día á medida que los conocimientos adelantan, digan cuanto quieran los que se empeñan en establecer imposibles concordancias entre las fábulas genesiáticas y las verdades científicas.

La quiebra de la revelación, considerada desde el punto de vista histórico y social, es espantosa: el amaños los unos á los otros, para las mismas naciones cristianas, muy distantes aún de comprender el mayor número de los vivientes, se traduce por guerras perpetuas, internacionales y civiles, en que el arte y la ciencia de matar han alcanzado una perfección casi capaz de despoblar el mundo, y cuando no con las armas se produce ruina y muerte por la imposición de alianzas que parecen asociaciones de malhechores, ó con tratados comerciales que son verdaderos pactos leoninos, ó con leyes expoliadoras ó de excepción que ponen el patrimonio universal en manos de los privilegiados, dejando á los trabajadores reducidos á la condición de parias, y el derecho general de los ciudadanos á merced de las más absurdas extralimitaciones autoritarias.

La sociedad de los individualistas, agotada ya toda la savia que pudo alimentarla, toca á su término. Y esto no es fraseología; ahí están los hechos que lo demuestran con toda evidencia: sus religiones, satisfacción dada á la ignorancia por si se le ocurre curiosear sobre la existencia del universo, á la vez que prolongación extraterrena del egoísmo, inspirada en la mezquina idea de alcanzar el *dulce forniente*, oyendo la música celestial; sus constituciones políticas, sistemas incongruentes basados en la necesidad de que unos obedezcan porque se les supone malos para que otros manden, legislen, gobiernen y dirijan, aunque mandarines, legisladores, gobernantes y directores nunca probaron ser mejores; sus instituciones jurídicas, eternas continuadoras de las preocupaciones, errores y crímenes de primitivos ó antiquísimos usurpadores; sus organizaciones del trabajo, distribución de producto, cambio y propiedad, que tienen por fundamento el fraude y por objeto la expoliación del productor; su moral trasnochada, sanción de las causas del mal existente impuesta por dogmatizadores que fingen relaciones extraterrenas y conservada por irreflexiva rutina; todo descubierto ya, incapaz de sostenerse, manifiesto engaño, falacia insoportable é insostenible, sangrienta hipocresía, se desmorona, se hunde, porque á nadie satisface, nada garantiza y todo y á todos deja expuestos á esa enormidad social llamada la lucha por la existencia, que ha dejado ya de ser una explicación teórica de la vida para convertirse en una declaración de impotencia en boca de los privilegiados, y en una acerba y cruelísima censura en la de los desheredados revolucionarios.

La sociedad de los comunistas se acerca, con su régimen social de solidaridad, de apoyo mutuo, de amor, que dé á todos los individuos el medio de desarrollar todas las facultades, á fin de obtener un mundo de nuevas energías confundido en el concierto universal de las voluntades.

La ciencia, positivismo humano, substituye á la revelación, superchería mística; la sociología, agregado metódico de conocimientos, reemplaza á la teología, arlequín de milagros, misterios y tradiciones.

Estamos, pues, en el término de una evolución y en el principio de otra; hemos llegado al final de la primera etapa; necesario es comenzar bien la segunda.

Entiendo por primera etapa la negación de los dogmas; la desobediencia á los poderes, la disolución de las categorías y consiguiente elevación á la igualdad social y á la participación de todos los tiranizados y desheredados en el patrimonio universal, conjunto de riquezas naturales y de los acumulados por el trabajo de todas las gene-

raciones, y por segunda, el futuro régimen de paz y concordia por la conformidad de intereses despojado de toda levadura atávica.

La Revolución social, la única, aquella ante la cual las llamadas revoluciones en la historia no pasan de episodios revolucionarios, camina rápidamente hacia su término, teniendo por principales agentes los proletarios, los jornaleros, los descendientes de los esclavos y siervos, aquellos á quienes Marx dió conocimiento de su fuerza y Bakounine la inspiración del ideal.

No lo olviden aquellos trabajadores que se quejan inúltimente de su miseria, los que luchan contra la burguesía para arrancarle mejoras transitorias, los que buscan en la cooperación una emancipación ilusoria ni los que, desconfiando de su valer individual, despojándose de su iniciativa y aun de sus céntimos, se agrupan á la sombra de un santón de falso prestigio.

¡A la historia la evolución que perece! ¡A la vida la evolución dichosa de lo porvenir!

ANSELMO LORENZO.

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XVII

LAS COLONIAS ANARQUISTAS

Todas las ideas se ensayan.—La emigración.—La Cecilia.—Por qué fracasan las tentativas de agrupaciones comunistas.—Error de los que creen estar libres de la tutela social.—La Commune de Montreuil.—Nuevas tentativas.—Newcastle-ou-Tyne.—Utilidad y fatalidad de los ensayos.—St...

No es particular del ideal anarquista el que los individuos de un mismo pensamiento se agrupen para realizar su ensueño común.

Los Saint-Simonianos en Belleville, Cobet en el Jowa, son los tipos más conocidos. Después de éstos, los ensayos han sido numerosos. Y cada vez que nace un nuevo ideal social, no faltan defensores que quieran traducirlo en hechos.

Como es lógico, en cuanto las ideas anarquistas empezaron á tomar cuerpo, surgieron de entre sus partidarios individuos que quisieron aislarse del resto de la sociedad para dar vida al ideal. Y fué en el nuevo mundo, separados de las grandes aglomeraciones, lejos de los gobiernos y de las leyes, donde pensaron realizar el nuevo estado de cosas.

Todos recordamos la emigración que hace quince ó veinte años arrastraba á los individuos hacia los países nuevos; á la Argentina, al Brasil, en donde creían hallar, no sólo medios de vida con largueza, sino la libertad de que aquí carecían.

Muchos compañeros se vieron arrastrados por la influencia de la emigración y creyeron posible vivir escapando á las reglamentaciones que nos esclavizan en las viejas naciones civilizadas. Otros pretendían fundar grupos y ensayar la armonía de la existencia con sus convicciones según las circunstancias. La colonia Cecilia es el ejemplo más elocuente de esos ensayos.

Esas tentativas han fracasado por una multitud de razones. Las principales son la falta de acuerdo y de dinero, la expoliación por parte de algunos, la carencia de perseverancia y la desilusión de la mayoría, que habían creído descubrir un paraíso,

paradiso

y la realidad les oponía los mismos inconvenientes y obstáculos que dejaran en los países abandonados. Y esto era inevitable. No se pasa bruscamente de una sociedad en donde la lucha y el egoísmo son factores obligados entre los seres, á una sociedad donde las relaciones entre individuos sean todas de amor, de simpatía, de benevolencia, solidaridad y en la que no haya necesidad de preocuparse de los defectos de los demás.

La sociedad actual no nos ha preparado ni por asomo para el afecto y la solidaridad hacia nuestros hermanos.

Además, la mayor parte de las veces esos grupos de individuos se formaban á tontas y á locas, al azar de las circunstancias; los asociados, en su mayoría, no se conocían antes de llegar á la colonia.

En estas condiciones, cualquiera que fuesen sus cualidades, era inevitable el que á las primeras diferencias de carácter, á las primeras decepciones, se produjeran rozamientos y se exacerbaran los ánimos por falta de conocimiento mutuo.

Hay que reconocer también que muchos de esos colonos eran compañeros cansados de la vida en Europa y que pretendían retirarse como inválidos y hallar la vida en la nueva agrupación. Se habían imaginado que en el Nuevo Mundo se escaparían de la lucha gubernamental, que la vida sería más fácil, más tranquila y reposada, y les sorprendió verse expuestos á las mismas dificultades materiales que habían creído burlar: trabajo excesivo, falta de capital, etc., etc.

*
* *

La decepción de los que habían ido allá llenos de ilusiones contuvo algo la emigración; el fracaso de las colonias anarquistas impidió el germen de nuevos ensayos, determinando otra corriente.

Ya no fué en lejanos países donde se quiso realizar el comunismo anarquista, sino en el seno de la sociedad burguesa, rodeado de las facilidades de la civilización.

En 1892-93, algunos compañeros (ya he hablado de esto en la *Sociedad futura*) establecieron los rudimentos de una asociación con el nombre de *Commune de Montreuil*, nombre de la localidad en donde residían casi todos.

Habían alquilado un taller, adonde debían ir á trabajar los asociados en los momentos de descanso, y el producto de este trabajo debía ser destinado á los que lo necesitaran.

Aspiraban igualmente á adquirir un poco de terreno donde poder cultivar algunas legumbres para el consumo exclusivo de los asociados.

A medida que el grupo fuera desenvolviéndose progresivamente, pensaban introducir maravillosas mejoras: escuela para niños, biblioteca para adultos, etc., etc.

Cuando el grupo llegase á tener bastante extensión, los asociados dejarían gradualmente de trabajar para los explotadores, hallando, en cambio de sus fuerzas productivas, la satisfacción de todas sus necesidades.

La represión del 93 al 94 dispersó los miembros de la Asociación. Algunos de ellos intentan hoy continuar la idea sobre nuevas bases. Sus aspiraciones son que los individuos, aunque diseminados en la sociedad burguesa, intenten realizar entre sí un cambio mutuo de servicios que les acostumbre á producir y utilizar los productos, un cambio comercial, sin valor representativo ni estimación.

Esta nueva tentativa es más difícil que la anterior; ¿coronará el éxito á sus esfuerzos? Esto es lo que no puede preverse. En todo caso, bueno es que los individuos

intenten un género de vida en el que se aprenda á pasar sin ese factor creador de todas las divisiones: el dinero.

*
* *

Una tentativa que tuvo su período de éxito, fué la establecida en las inmediaciones de *Newcastle sur-Tyne*, debida á la iniciativa de un compañero alemán, sastre de oficio, y protegida por un filántropo inglés.

La colonia se dedicó al cultivo de legumbres y *verduras* y obtuvo en poco tiempo resultados maravillosos de cultura. Con sus trabajos sorprendentes llamaron la atención del Municipio de *Newcastle*. El número de asociados llegó á ser de 25 ó 26 personas.

La división, por no sé qué motivos, introdujo su maledicencia entre los colonos, los resultados materiales decayeron y el grupo tuvo que dispersarse. El material quedó en poder de dos ó tres compañeros que lo explotan, según informes, de un modo puramente burgués.

*
* *

En París acaba de formarse otro grupo para intentar un nuevo ensayo.

Los colonos cuentan ya con cierta cantidad de dinero; el tiempo nos dirá la suerte que le está reservada á esta nueva asociación (1).

En Augers se han agrupado unos cuantos amigos desde otro punto de vista. Quieren reunirse un número considerable, depositar todos su salario y repartirlo por igual entre los asociados, con objeto de que las condiciones de existencia sean idénticas entre los compañeros.

Este intento de fraternidad me parece muy difícil de establecer; los resultados nos dirán si esta nueva forma es utópica ó realizable.

*
* *

¿Estas tentativas son útiles á la propaganda? Yo creo que sí. Digan lo que quieran sobre este asunto, hay una cosa cuya certeza nadie negará, y es que siempre habrá gentes que no se contentarán sólo con soñar y para quienes la lucha es la realización del ideal. Esas gentes intentarán eternamente, tantas cuantas veces les sea posible, traducir en tangible realidad la teoría de sus ideales. Las tentativas fracasadas sirven de lección para los nuevos ensayos.

En vez de pensar en asociaciones grandiosas, reclutadas sin previa selección, los actuales iniciadores de esas empresas saben ya que es preferible empezar con un reducido número de individuos conociéndose perfectamente, y sabiendo por lo menos los principales defectos y virtudes de cada uno.

Saben también que no deben admitirse nuevos miembros, sino gradual y lentamente, aunque los últimos admitidos se hayan adaptado al modo de ser del grupo antes que ingresen otros, con objeto de que los recién llegados no sean, con sus resabios sociales, elementos de desorden en el seno de la agrupación.

Estos ensayos serán más frecuentes cuanto más se desarrolle la idea. Y no será entonces para huir de las miserias de la vida europea el motivo por que se formarán las tales agrupaciones, sino para luchar contra ellas en medio de ellas. Para eso, se organizarán los individuos, ensayando la implantación de sus principios en el centro mismo de la actividad burguesa.

Esos ensayos, que no son actualmente sino obra de unos cuantos compañeros aislados, y que más que cosas bien reflexionadas y perfectas tienen el carácter de

(1) El promotor de esta idea ha tomado la resolución de abandonar su proyecto y ceder las cantidades recaudadas á la *Escuela libertaria*.

proyectos, indican un estado de espíritu que, afirmándose, pasará más pronto ó más tarde á una hermosa y universal realidad.

Ha habido y habrá fracasos; ¡pero qué importa! Cuanto más numerosos sean éstos, mayores serán las probabilidades de éxito de las nuevas tentativas, porque teniendo en cuenta los motivos del fracaso, los estudiarán y eliminarán en las nuevas organizaciones. Decir que los primeros éxitos serán el modelo perfecto del grupo anarquista, sería adelantarse mucho en los juicios. Es preciso no olvidar nunca que esos grupos no podrán sustraerse completamente á la influencia de la sociedad burguesa, que descargará sobre ellos todo el peso de sus instituciones; que legalmente podrá suscitar toda clase de obstáculos, sin contar con los *borregos sarnosos* que introducirá en su seno para fomentar discordias intestinas, y sin contar también con el mal ejemplo que la burguesía dará á los miembros de estos grupos, si acaso el éxito material fuera un hecho.

Pero por imperfectas que sean esas colonias; por muy defectuosas que parezcan á nuestro ideal, no por eso dejan de ser un paso hacia adelante, puesto que son un ensayo para separarse de la sociedad burguesa.

Serán una escuela donde se aprenderá la fraternidad, la tolerancia y el amor de unos hacia otros, y además un poco de energía, porque el individuo se siente más fuerte cuanto más estrechas son sus relaciones y sus afectos; el ideal saldrá beneficiado y ennoblecido como síntesis de una colectividad de hermanos, unidos por comunidad de pensamientos.

Si alguna de esas comunidades consiguen establecerse, el orden burgués saldrá perdiendo, porque su éxito irá acompañado de alguna perturbación de lo existente. Obligadas á formulismos, su desenvolvimiento tendrá que hacerse con algunas modificaciones relativamente al modo de pensar y obrar de cuantos las rodeen; y si algún miembro se estacionara adormecido por el bienestar, otros continuarían la lucha desde el punto en que fuese abandonada.

Donde arraigara una comunidad de esta naturaleza, su éxito ejercería gran influencia; el ejemplo de unos cuantos amigos que habían sabido, por su diligencia y solidaridad, convertir el trabajo en agradable pasatiempo, sería elocuentísimo y convincente. Ayudar y proteger á los vecinos cuando éstos lo necesitaran, sería demostrarles una bondad que les obligaría á la recíproca, ejercitándose los buenos sentimientos de que tanto carecemos.

* * *

Allí donde las comunidades triunfantes tuvieran influencia, se batallaría con la autoridad, venciéndola paso á paso y cercenando las atribuciones y derechos que de nosotros se abroga.

La lucha sería un día contra un reglamento, otro día contra una orden, y poquito á poco se llegaría á prescindir completamente de las leyes; y quién sabe si grupos potentes no podrían entablar la lucha en toda la línea, negándose al pago de los impuestos, organizando en grande la desertión del ejército ó negarse á formar parte de él, y combatiendo rudamente al capital, no queriendo nutrirlo con el esfuerzo de los proletarios.

La revolución iniciada por esta propaganda sería forzosamente económica y tendría más probabilidades de éxito que si surgiera de una propaganda política, como creen algunos anarquistas poco acertados en la elección de medios.

(Traducción de Antonio Rubio.)

JUAN GRAVE.

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

CAPÍTULO IV EL RECARGO

Un hércules tísico.—El caballo en preparación.—Recargo lento.—Agotamiento por desgaste de los tejidos.—Diferencia del proceso fisiológico entre el recargo rápido y el lento.—Auto intoxicación y autofagia.—Peligro de las pérdidas excesivas.—Falta de equilibrio entre los gastos y los ingresos.—Empobrecimiento del organismo por exceso de trabajo.—Atrofia y degeneración de los músculos.—Las pantorrillas de los corredores.—Recargo del músculo cardíaco.—El corazón forzado.—Formas nerviosas del recargo.—Anemia de los centros nerviosos y agotamiento de la substancia nerviosa.—Epilepsia de los caminantes.—Mis observaciones sobre el campesino.—La locura por recargo; influjo de la época de la recolección sobre su frecuencia.—Frecuencia de las neurosis en los campesinos recargados.

Un día, pasando delante de una barraca de titiriteros, me llamó la atención el aspecto enfermizo de un hombre que arengaba á la muchedumbre, ejecutando á la vez juegos de fuerza con balas de cañón y pesas. Era un muchachote destruído, de aspecto famélico, rasgos acentuados, miembros largos y enflaquecidos, y que parecía, sin embargo, dotado de una gran fuerza muscular, á juzgar por la facilidad con que maniobraba con sus pesas.

La barraca tenía un aspecto miserable, y el público, que se empujaba por entrar, no era nada escogido; pero el deseo de ver trabajar á mi hércules tísico se sobrepuso á todo respeto humano y, saltando por la tabla inclinada que servía de escalera, entré en el establecimiento.

Allí pude observar al hombre más de cerca y comprobar que sus miembros, á pesar del vigor de que sus ejercicios daban muestra, estaban secos y descarnados. Sus delgadas caderas, que hacían maravillas en el asalto de *sarate* (1), ni aun rellenaban el traje de punto, cuya tela caía en pliegues numerosos. Por último, una vez apagada y ronca, unida á varios golpes de tos, hacía suponer que aquel hombre fuerte pudiera tener un pecho delicado.

Concluída la representación, me fué fácil iniciarme en el género de vida de aquel hombre, que me pareció bien digno de estudio. Corriendo de feria en feria, hacía su trabajo excesivo, dando cada día diez representaciones, en que debía tumbar á uno ó dos adversarios, sin contar los asaltos de «bastón» y de «pugilato francés», y el ejercicio de las pesas. En el intervalo de las representaciones, hacía ejercicios con las pesas y las balas de cañón. Los músculos no descansaban, y, por tanto, no engruesaban.

(1) Una clase de pugilato francés, en que se hace uso de los miembros inferiores.

ban, ni mucho menos. Es verdad que de ordinario no era gran gastrónomo, y que no comía bien más que los días de buena entrada. Concluyó haciéndose más expansivo y me habló de su salud, siéndome fácil comprender que estaba tuberculoso. En efecto, poco tiempo después supe que había sucumbido á la tisis pulmonar.

Así concluyen frecuentemente hombres fuertes que, después de haberse acostumbrado al trabajo, después de haber pasado por la preparación que les permite trabajar con exceso sin sentir el malestar de la fatiga, traspasan el límite de sus fuerzas y no reparan éstas con una alimentación substanciosa.

Los domadores tienen una palabra muy expresiva para caracterizar el estado de un caballo cuya preparación se ha llevado demasiado lejos: dicen que el caballo ha sido *quemado*. Esta palabra significa que el trabajo excesivo á que se le ha sometido no ha quemado solamente los tejidos de reserva, la grasa y demás materiales del cuerpo, inútiles para el movimiento, sino que las combustiones han atacado al caballo mismo, considerado como máquina, y á sus tejidos musculares, órganos esenciales del movimiento.

Asimismo, nuestro hércules había sido *quemado* por el trabajo muscular excesivo. Presentaba el tipo de una forma de recargo bien diferente de la que he descrito, y que llamaremos *agotamiento orgánico*.

I

La forma de recargo, llamada agotamiento orgánico, es un estado de fatiga crónica, en el cual el organismo, en lugar de absorber productos nocivos, como en la fatiga aguda ó el recargo febril, se despoja, por el contrario, de sus materiales útiles y de sus tejidos más necesarios á la vida.

Ese estado representa de ordinario la forma crónica de la fatiga; pero puede producirse muy rápidamente, cuando la inanición se agrega al trabajo. Resulta de una falta de equilibrio entre los gastos y los ingresos.

Entregándose á un ejercicio muy violento, pero con alimentación proporcionada á ese trabajo, el organismo repara sus pérdidas, tendiendo el trabajo á que los materiales asimilados se acumulen sobre los órganos que toman parte en la acción, los músculos benefician el exceso de nutrición y la máquina se consolida. Pero si la alimentación es insuficiente, ó, lo que es lo mismo, si las sustancias introducidas en el estómago no se asimilan, hay una desproporción entre el gasto de calor que necesita la máquina animal y la cantidad de combustible que se le proporciona del exterior. Ahora bien, no hay movimiento sin calor, y no puede producirse calor sin que se quemen algunos materiales. Así, á falta de alimentos suficientes, y estando agotados los tejidos de reserva, los órganos esenciales de la vida tienen que hacer el gasto de las combustiones del trabajo. Un hombre que coma poco y trabaje mucho, puede compararse á esos desgraciados que, habiendo agotado todas sus provisiones de combustible, suplen la falta quemando á pedazos sus muebles.

No siempre las profesiones que exigen gran fuerza muscular son las que acarrearán el agotamiento orgánico; sino, más bien, las ocupaciones que piden gran número de horas de trabajo. Las combustiones, en este caso, no son muy violentas y los residuos que producen tienen tiempo de eliminarse; los productos de desasimilación no se acumulan en el organismo y no hay auto-intoxicación; pero se queman muchos materiales orgánicos y ese organismo sufre pérdidas.

Puede ocurrir que el hombre se agote sin experimentar el menor malestar de fatiga, pudiendo continuar, mientras adelgaza sensiblemente, el trabajo emprendido.

Pero cuantas veces se despoja al organismo de una parte de sus materiales esenciales, cae en un estado de «resistencia menor» y no se defiende ya contra los innumerables peligros que pueden amenazarle del exterior. El agotamiento es la predisposición por excelencia para todas las enfermedades.

Conviene, en mi opinión, establecer una diferencia capital entre el recargo por intoxicación y el recargo por agotamiento. En el primer caso, se trata de un estado infeccioso, susceptible de ser influido por las diversas afecciones del individuo, pero capaz por sí sólo de producir accidentes graves y aun la muerte. En el segundo, es un estado de aminoramiento de la resistencia vital, que da al organismo mayor receptividad para las enfermedades, pero que no puede crear una enfermedad por sí mismo.

En el caso de un hombre *agotado*, sometedlo á una higiene conveniente, ponedlo al abrigo de todo germen contagioso y rehará, inevitablemente, á fuerza de tiempo, los tejidos que haya perdido. Que se den á un soldado bisoño recargado por marchas forzadas, ó á un animal forzado en una cacería todas las condiciones de reposo, de alimentación y de higiene, y podrá suceder que ninguno de los dos escape de una enfermedad grave y que ambos sucumban.

El agotamiento orgánico es el estado en que se encuentra un hombre cuyo cuerpo ha sufrido pérdidas excesivas. Presenta analogías con todos los estados morbosos caracterizados por una disminución considerable de los elementos orgánicos del cuerpo vivo. Y toda sustracción importante de los materiales que forman parte integrante del organismo produce un estado general de debilidad y adinamia.

Sabido es el agotamiento que resulta de los sudores demasiado copiosos provocados por un calor excesivo, ó por cualquier otro agente. Esta pérdida es una causa de debilitación suficiente para que se dé la mayor importancia á hacer que cese en los enfermos debilitados, los tísicos, por ejemplo.

La diarrea es una causa de agotamiento más activa todavía que el sudor; basta en ciertas colerinas, para arrebatar en pocos días á los niños más robustos, si no se consigue cortarla inmediatamente. La colerina de los adultos, por las pérdidas rápidas y abundantes que provoca, trae también una postración profunda en pocas horas. Bien conocido es el agotamiento prolongado y profundo que resulta de las grandes pérdidas de sangre.

Todos los flujos, en fin, todas las pérdidas por secreción exagerada, acarrearán una disminución de la fuerza y de la resistencia del individuo y lo disponen á dejarse influir por todas las causas de enfermedades que puedan atacarle.

Apoyándose en estos hechos, se puede emitir el siguiente axioma:

Siempre que un hombre está en condiciones normales de estructura, una pérdida notable de peso es prueba de una disminución en la resistencia del individuo.

El organismo necesita, para ser en realidad fuerte y resistente, cierta masa de elementos; si se le quitan por un lado, hay que restituirselos por otro; lo que se ha tomado de la grasa de un hombre ó de un caballo, para su adiestramiento, es preciso restituirselo en forma de músculos, so pena de colocarlos en un estado de debilidad que disminuye su resistencia.

¿Por qué el organismo, despojado de una parte de sus elementos, cae en un estado de resistencia menor? Es difícil responder á esta cuestión de un modo satisfactorio. Puede decirse que los diferentes elementos del cuerpo se prestan mutuo apoyo y que en la lucha por la existencia concurre cada uno con su parte á la defensa común.

Los elementos esenciales de la sangre son los glóbulos. Cuando estos elementos

disminuyen, se produce un estado de resistencia menor en todo el organismo. Se atribuye tal importancia, cuando se quiere juzgar la gravedad del estado de un individuo, al número de estos glóbulos, que se han ideado aparatos para contarlos. No es nada absurdo atribuir á los elementos que constituyen la fibra muscular, ó á los elementos del nervio, la misma importancia que á los glóbulos sanguíneos, en la resistencia del organismo.

Cualquiera que sea la insuficiencia de la teoría, consignemos los hechos y tratemos de aclararlos. Esforcémonos, sobre todo, en hacer resaltar la importancia práctica del conocimiento exacto del estado de agotamiento, y de las condiciones en que se produce.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Las expediciones polares.—El duque de los Abruzzos y el capitán Cagni.—Nausen dejado atrás.—Expediciones rusas: Toll y Tchernycheff.—Expediciones suecas: Geer y Nathont.—El Spitzberg y la Escandinavia.—Martirologio de Greely y de sus compañeros.—Heroísmo de los exploradores.

La prensa ha dado noticia en su sección telegráfica de los grandiosos resultados científicos obtenidos por la expedición polar dirigida por el duque de los Abruzzos, los cuales han causado agradable y general sorpresa.

Sábase que existe una especie de «ley polar» según la cual todo punto apercebido por un explorador es casi siempre alcanzado por el explorador siguiente. Se avanzaba segura, pero lentamente: En 1883, el teniente Greely alcanzaba los 83 grados 24 minutos, la más alta latitud alcanzada por el hombre. Cuatro años después, cuando Nausen hizo saber que el grado 86 había sido pasado y que no contento con haber avanzado algunos minutos franqueó de un golpe tres grados (unos 330 quilómetros), se creyó unánimemente que el *record* establecido por Nausen no sería batido en una treintena de años.

«La ley polar acaba de ser destruída», decíase á la sazón en la Real Sociedad de Geografía de Londres, me dice tratando de esto un miembro honorario de esta Sociedad, nuestro amigo Kropotkine, que conoce á fondo la historia de las regiones glaciales, que escribe actualmente por encargo de los editores de la *Gran Enciclopedia británica*. Y, sin embargo, la ley ha seguido su curso, gracias al duque de los Abruzzos, ó más bien gracias al capitán Cagni y á dos de sus marineros—y no tres hombres de la tripulación del *Cagni*, como ha hecho decir á la prensa la Agencia Havas. En efecto, Cagni y dos de sus hombres han llegado solos á los 86° 33'.

Hago esta observación para dar á cada uno, al marino como al príncipe, lo que de justicia le corresponde, sin intención de disminuir el mérito incontestable de este último. El hombre es hijo de sus obras, no del título que le aplica la casualidad del nacimiento, y el que le reemplaza por títulos positivos no hace más que acrecentar su propio mérito. No comprendo, por ejemplo, que se haya reprochado á Rochefort haber nacido marqués ó á Kropotkine ser príncipe de nacimiento, y es menos comprensible cuando se observa que muchos de los que osan dirigir ese reproche al gran demoledor del imperio y al gran demoledor de los inicuos principios que rigen la sociedad actual, sienten no hallarse en el mismo caso para distinguirse del común de las gentes, y fálto

de cosa mejor, corren desalados detrás de una cinta que poder ostentar. He ahí por qué, si el sobrino del difunto Humberto me es absolutamente indiferente, el heroico ciudadano Abruzzos, el explorador ilustre, tiene derecho á una entusiasta admiración que no le escatimaré en lo más mínimo.

El joven hermano del duque de Aosta y del conde de Turín, había ya dado pruebas de lo que puede calificarse de intrepidez científica. En 1897 hizo, el primero, la ascensión al monte Elías, en el *Alaska*.

Esperando nuevos detalles sobre las sensacionales aventuras del duque de los Abruzzos y de sus colaboradores, de los cuales los más conocidos son los capitanes Everson y Cagni y el conde Quisini, recordemos que hay actualmente dos expediciones rusas, encargadas cada una de una misión especial: la del barón Toll, que acaba de salir de Noruega dirigiéndose hacia el Este para descubrir las islas apercebidas desde el siglo pasado al Norte del archipiélago de la Nueva Siberia, cuya existencia ha negado Nausen; y la del geólogo Tchernycheff al Spitzberg, para medir un arco de meridiano más extenso que el medido á principio de este siglo, á fin de fijar definitivamente las dimensiones de la tierra.

El eminente geólogo ruso, en su estancia en Spitzberg, completará los trabajos realizados por una expedición sueca enviada hace algunos años á aquellas regiones, á expensas de la Academia de Ciencias de Suecia, bajo la dirección del Dr. Nathorst y del barón Geer. Esta expedición dió interesantes resultados acerca de la geografía y de la geología de esta isla. Los exploradores trazaron la configuración de los *fjords* y de los valles meridionales del Spitzberg y sondearon los mares que rodean esta región y la Escandinavia, deduciendo de sus observaciones que los *fjords* y los valles estrechos de las islas no se han formado por un levantamiento de la corteza terrestre ó por la acción de las aguas, sino por la de los glaciales durante el período glacial. Hasta aquella época la isla y la península formaban un continente, pero al final de este período se reprodujo un rebajamiento repentino seguido de un levantamiento de las costas en el Spitzberg y en Escandinavia, que se demuestra en ambos países por la presencia de conchas marinas muy lejos hacia el centro de las tierras.

La existencia en el Spitzberg de las especies más características de la flora y de la fauna escandinava se explica por la migración de esas especies en un período en que la meseta estaba aún sobre el nivel del mar, es decir, poco tiempo después del período glacial. El Dr. Nachont opina que el clima del Spitzberg era mucho más dulce en tiempos remotos que lo que es en nuestros días, opinión que viene en apoyo de la hipótesis que sostiene que la isla y la península escandinava estuvieron unidas formando un solo territorio en otra época.

Deseamos que los trabajos del geólogo Tchernycheff sobre la medida del meridiano le permitan aclarar completamente esta importante cuestión.

Los trabajos que han de sufrir los heroicos exploradores de las regiones glaciales, sobre todo los que se acercan al polo, son indescriptibles, y es seguro que las fantásticas descripciones de Julio Verne son pálido reflejo de la realidad. Sin hacer mención de los que mueren, los que no sucumben sufren frecuentemente una agonía peor que la muerte. De los veinticinco individuos de la expedición del teniente Greely, de que he hablado antes, siete únicamente fueron encontrados vivos en el cabo Sabine; ¡pero en qué estado! Su debilidad era tal, que fué necesario, para llegar hasta ellos, romper la tienda que les servía de abrigo. Ni dos días hubieran podido sobrevivir á sus compañeros

Greely, cubierto de una piel, con un gorro colorado, la barba y los cabellos hirsutos, los ojos hundidos, brillantes de fiebre bajo unos lentes de hielo, la voz moribunda, apenas tenía fuerza para sostenerse apoyado en las manos y las rodillas; cerca de él sus compañeros estaban en la última extremidad; á su lado yacía el cabo Ellison, con las manos y los pies helados, incapaz de levantar la cabeza; el infeliz sobrevivió muy poco á su liberación; junto á éste hallábase Mauricio Connell, soldado que se moría de hambre y de frío y que costó gran trabajo volver á la vida. Los salvadores, que salieron de la isla Brewart hacia el cabo Sabine donde sabían que el teniente tenía intención de invernar, se sintieron hondamente conmovidos ante un cuadro tan horrible.

Después de dos internadas relativamente felices, cuando salieron de la bahía de Discoberg, comenzaron los sufrimientos de los exploradores; pudieron navegar durante un mes hacia el Sud; después se dejaron llevar por un banco de hielo y pudieron establecer su campamento algunos días más tarde á orillas del estrecho de Smith; pero sólo tenían víveres para cuarenta días, á los cuales juntaron algunas provisiones, restos de expediciones anteriores, encontradas en su camino. Con las mayores privaciones estiraron esos recursos durante seis meses, y después se alimentaron con mariscos y pieles de foca cocidas, hasta que la muerte fué arrebatando uno por uno aquellos valientes campeones de la ciencia y del progreso.

Sin embargo, aquellos hombres gloriosos sólo llegaron un poco más allá del grado 83. ¿Qué habrán sufrido los que han dejado atrás el 86? Afortunadamente las circunstancias eran favorables esta vez; pero así y todo, los sufrimientos del duque y sus compañeros habrán sido considerables, hasta el punto de haber dejado algunos la vida en aquellas regiones inhospitalarias.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Han regresado de su excursión á París los coros de Benages. Esta gente está usufructuando un nombre que no tiene nada que ver con ellos. No contentos con poner en ridículo á su país, se han propuesto manchar el nombre de Clavé con la serie inacabable de sus memeces.

El cantor catalán era un hijo del trabajo. Aprendió á tocar la guitarra para ganar el pan mendigando por esas calles si la enfermedad de los ojos que padecía le imposibilitaba para continuar como obrero la batalla de la vida. Se equivocó en política como tantos otros, como la generalidad de su pueblo. Sintió honradamente la fe republicana y sufrió el destierro por ella. Cuando se haya templado algo el calor de nuestras luchas sociales, se hará justicia al enamorado del arte, que llegó á olvidar su propio ideal para asociarse á la obra que creyó de redención.

En los últimos años de su vida temió por la eficacia de su obra. Había querido levantar al pueblo remontándolo á las regiones del arte, no para hacerle olvidar la vida con sus luchas y sus transformaciones, sino para hacérselas comprender mejor. Enseñaba á sus hombres á cantar himnos de libertad; pero su ideal de libertad era, á pesar suyo, mucho más pequeño que su ideal artístico. Y sucedía que el arte, como ideal verdadero, eclipsaba el erróneo ideal político. Los obreros llegaron á despreciar las luchas sociales de nuestros días y esto amargó sus últimos momentos.

¡Quizás presentía que un Benages se apoderaría de su obra para embrutecerla! No

pudo imaginar más atroz castigo para sus errores. Si el Dante viviese en nuestra sociedad, aprovecharía esta cruel enseñanza de la vida. Y sería una cosa hondamente trágica el espectáculo del artista de corazón condenado á presenciar desde el infierno cómo un desgraciado pasea la dignidad de su obra por las antesalas de los palacios, la hace renegar de su patria en las embajadas y la empuerca con el más asqueroso bochorno, haciéndola alternar en un burdel con farsantes y prostitutas de alto precio.

Los cronistas que han hablado de la excursión se guardan muy bien de relacionarla con el arte. Bonafoux habla de la buena fe de esos obreros que han pagado 83 pesetas para ir como un rebaño á cantar y á ofrecerse en espectáculo con sus barretinas encarnadas. Otros hablan de un órgano humano, y el gobierno francés no ha encontrado otro medio de premiar la empresa que repartir alguna que otra medalla de Bellas Artes, de esas que se dan á los alcaldes de barrio.

A pesar de la ocasión que se les presentaba de explotar la ternura que á los franceses les ha entrado á última hora por la *bella España*, apenas si han logrado alguno que otro bombo de esos que se prodigan *sin esperanzas de cobro*. Nadie paga eso.

Han cantado la *Marsellesa*, porque parece que ahora Benages ha comprendido que eso de ser republicado empieza á ser cosa ridícula en España, y, por lo tanto, ya puede entrar en la combinación. Sin embargo, si vuelve á Madrid, volverá á presentar sus mesnadas á los reyes, pretextando que los coros no tienen opiniones políticas. ¡Lástima que Clavé no escribiese algo con música de la marcha real!

Estoy esforzándome por tomar á chacota la empresa del conquistador del Monliu Rouge y el coraje entorpece mi pluma. ¿Cómo se ha atrevido ese hombre á presentar como coros de Clavé ese tropel de infelices, sin otros ensayos que los particulares de cada grupo, confiados todos á gente inexperta, sin otro ideal artístico (?) que ver París por poco dinero, sin ningún entusiasmo real por la obra del maestro?

Es verdad que el desprecio social va envolviendo poco á poco á los que, lejos de *continuar* la obra de Clavé, la empequeñecen y la desacreditan. ¡Cuán lejos estamos de aquellas cruzadas artísticas organizadas por el gran cantor de nuestra tierra al frente de sus cuatro mil hombres, ciegos de entusiasmo, supliendo con la fe en el profeta la falta de educación musical! Estos de ahora no tienen nada que ver con aquellos coros. Conservan el nombre, porque no hay suficiente valor cívico para obligarles á que lo borren de sus programas.

Sólo una cosa podrían hacer para venerar como se debe el nombre de Anselmo Clavé. Declararse impotentes para seguir su tradición, anunciar solemnemente la disolución de las sociedades fundadas por el grande hombre, y entregar á la ciudad los estandartes que marcharon en otro tiempo á la cabeza de tan nobles expediciones.

* *

En mi deseo de sorprender el arte en el seno de la vida social, busco en todas las manifestaciones de la vida pública aquella expresión de armonía que las hace bellas. No negaré que pueda haber un arte diferenciado capaz de subsistir por sí mismo: nuestra degeneración espiritual ha tomado en nuestros tiempos formas tan espléndidas, que me obligan á transigir con el arte por el arte.

Pero siempre será éste, á mi entender, un principio de excepción. Si pudiésemos concebir una filosofía natural del arte, tendríamos que basarlo en la expresión armónica del fenómeno. Una ley de equilibrio de todas las condiciones de la cosa, lograda por una interior *santidad* de la misma, sería la base fundamental de esta teoría.

De ahí que los actos del hombre y los movimientos de las multitudes podrían dar

lugar á un arte dinámico que surgiese naturalmente de la vida. El primer impulso lo daría la necesidad, y en la expresión *santa* de esta necesidad estaría el arte. En la lucha por la existencia cabrían el gesto y la hazaña heroicas, el ejercicio corporal llegaría á ser un juego olímpico, la multitud impulsada por un ideal religioso marcharía épicamente á las cruzadas.

El hombre con sus actos crearía la obra, y si había armonía y santidad en su tarea, la obra resultaría bella. El arte puede manifestarse en todos los objetos creados por el hombre. Se trata entonces de un arte estático. Para relacionarse unos con otros, y no para hacer una labor artística, los hombres elaborarían el lenguaje, arca santa de mil bellezas olvidadas, poesía fósil, recuerdo fijado de imágenes sublimes.

Sentiría un pueblo la viva necesidad de perpetuar sus hazañas, y surgirían de su seno centenares de cantores, cuyo objeto primordial sería fijar el recuerdo, pero que por su compenetración con el alma de su raza sentarían los cimientos indestructibles de su epopeya. Los profetas de las primeras teogonías al escribir sus códigos religiosos crearían, por la armonía en el sentimiento de su obra, poemas inmortales.

Y así en todas las manifestaciones de la vida y con ocasión de todas las empresas realizadas por el hombre, el héroe sin quererlo ó queriéndolo daría lugar á la creación artística. Y el arte consistiría, no en la armonía de la obra creada, no en el equilibrio de todos sus elementos, sino en la heroicidad interior de que serían expresión esta armonía y este equilibrio. Así el arte sería inseparable de la vida, sería realmente su expresión heroica.

Pero esta teoría no explica las manifestaciones del arte actual. Hoy no se trata de hacer una cosa bellamente, se va sin rodeos á *hacer* belleza. Estamos muy lejos de un arte natural: la vida se ha hecho fea al verse privada de sus flores, y el arte se ha hecho torturado é insano al separársele de la naturaleza.

El espectáculo que ofrecen las casas de Barcelona y una visita á su espléndida Necrópolis me han inspirado estas reflexiones. Se gasta una fortuna en edificios y sepulcros, se emplean los más ricos materiales de construcción y los arquitectos se esfuerzan por hacer algo realmente artístico. Sin embargo, no han podido encontrar hasta ahora la forma propia de nuestra arquitectura.

Sería curiosa una historia de la casa en el ensanche de Barcelona. Cuando se empezó á edificar tímidamente, no se atrevían á poner los arquitectos ningún adorno, dominados por el espíritu de ahorro de un pueblo fenicio en los primeros tiempos de su buena fortuna. Todo lo más se dejaba en el interior de la manzana un jardín minúsculo con surtidor romántico y alguna estatua de Neptuno, de Mercurio, Amores y otras deidades del Olimpo *barcelonés*.

Luego el tejedor enriquecido rápidamente quiso tener su *torre* y allí se empezó un renacimiento sin nombre, cuyo ideal era lo bonito. Al mismo tiempo en el ensanche se respetaban las antiguas líneas arquitectónicas, se ensanchaba algo la escalera, se mejoraban los materiales y se prodigaban los adornos. En el fondo, el balcón, la ventana, el tejado, los portales, todo era igual que antes: el adorno superpuesto indicaba la mayor ó menor importancia del edificio. Así, tomando algunas formas del renacimiento italiano y un poquito de neo-clasicismo, se llegó al *non plus ultra* en el palacio de Marcet.

Desde entonces empezaron á iniciarse nuevos rumbos. La calle de Moncada, la antigua Casa de la Ciudad, la Real Audiencia y otros muchos edificios aislados, ofrecían restos de un gótico catalán, con escaleras adosadas á los muros del patio, con galerías

interiores, entradas bajas y chatas, adornos flameantes y otros elementos que tenían algo de local y realmente sentido. La nueva escuela se apoderó de estos elementos y los combinó con tentativas de renacimiento barroco.

Los Gaudí, los Puig y Cadafalc, los Domènech y los Vilaseca representan esta nueva forma del arte arquitectónico en que el deseo de originalidad se funde con un cierto espíritu de la tierra. Estamos en el período de las tentativas, la línea antigua ha sido rota, la mayor variedad de elementos arquitectónicos revelan el ansia investigadora de los nuevos artistas. Pero el alma catalana, hecha piedra en los interiores de su austera catedral, protesta de este derroche de elementos. Quiere mayor severidad. Lo único que hemos encontrado es la pequeñez, un cierto aire de apocamiento, de indecisión, de burguesismo que caracteriza a este pueblo comercial. El gótico de nuestras casas de labranza viene instigado en sus atrevimientos ojivales por un irresistible recuerdo bizantino con sus arcos de medio punto.

La fogosidad de Gaudí podría hacer mucho daño a sus discípulos si los tuviese. Encarna bien en este furibundo crecimiento de la ciudad, en esta fiebre de la conquistada material. Pero en sus manos las tradiciones verdaderas de la raza se esfuman y desaparecen. Volvamos a la tierra. Estamos en un período de actividad arquitectónica que pocos pueblos han sentido como nosotros. Quizás en ninguna otra ciudad del mundo, de la importancia relativa de Barcelona, hay una fiebre artística semejante en el arte de la edificación.

Y es preciso que aquellos que no hemos nacido para profetas, pongamos todo el refinamiento de nuestros espíritus en criticar las obras de los falsos Mesías. Se ha hablado del héroe-poeta, del héroe-dios, del héroe-rey. Y hay que tener en cuenta que nosotros podríamos dar el héroe-arquitecto. Edificando casas se puede cantar mágicamente a su pueblo.

Pero es preciso volver a la naturaleza. No renunciemos a ningún progreso físico: aceptemos todos los adelantos que se han hecho en la solución del problema de las resistencias. Formulemos la teoría de los elementos arquitectónicos simples, fundemos nuestra ciencia en lo que es caudal común de todos los pueblos. Pero luego fecundemos estos elementos con nuestra propia masculinidad.

Indaguemos en nuestras almas el sentimiento de la casa, veamos qué significa para nuestro pueblo todo lo que ha de encerrarse entre cuatro paredes. Nuestras ideas feudales de la familia, nuestro individualismo hosco, nuestra tosquedad de expresión hagámoslos piedra. Es preciso que la naturaleza coopere eficazmente a nuestra obra. El frío y el calor, el sol, las lluvias, la proximidad del mar, los vientos de nuestras comarcas, la clase de vida que todos estos elementos nos obligan a llevar: todo esto hay que fundirlo con los resultados de nuestra idiosincrasia psicológica. Y luego, como forma de expresión, nuestras creencias e ideales nos darán símbolos, nuestras tradiciones y costumbres nos revelarán soberbios ciclos esculturales, y nuestras montañas, y nuestras costas, nuestros árboles, nuestras frutas y nuestras flores nos darán sentidas formas ornamentales de expresión.

El artista que funda en su alma todos estos elementos y los exprese en una combinación armónica, iluminado por una gran serenidad interior, será nuestro héroe. El hierro, los mármoles y el granito le ofrecerán su duro corazón para inmortalizar el alma de su raza.

Y aquí dejo, por ahora, estas mis crónicas artísticas, que escribía con fe y buena voluntad. Me veo en la imposibilidad de seguir el programa que me había formado.

La necesidad de prepararme para empeños científicos que aseguren mi porvenir, me obliga á dejar tan grata tarea, que deseo poder continuar dentro de poco, si á los lectores de LA REVISTA BLANCA no les pareciese perdido el espacio que en ella se me había reservado.

PEDRO COROMINAS.

PARIS ⁽¹⁾

LIBRO PRIMERO

I

Aquella mañana, hacia fines de Enero, el abate Pedro Froment, que debía decir una misa en la iglesia del Sagrado Corazón de Montmartre, estaba desde las ocho en el cerrillo, delante de la basílica, y antes de entrar miró un instante el París inmenso que se desarrollaba á sus pies.

Después de dos meses de terrible frío, de nieve y de hielo, era un París anegado bajo un deshielo lúgubre y pavoroso. Del vasto cielo, de color de plomo, desprendíase una densa bruma; todo el Este de la ciudad, los barrios de miseria y de trabajo, parecían sepultados en vapores rojizos, en los que se adivinaba el movimiento de los talleres y de las fábricas; mientras que por el Oeste, hacia los barrios de riqueza y de placer, la niebla se aclaraba, y ya no era más que un fino velo, vaporoso é inmóvil. Apenas se adivinaba la línea redonda del horizonte; el campo sin límites de las casas parecía un caos de piedras, sembrado de charcos de agua estancada, que llenaba los huecos de una especie de vapor pálido, y sobre los cuales destacábanse las crestas de los edificios y de las calles altas, de un color negruzco. Aquel era un París misterioso, velado de nubes, y como sepultado bajo las ruinas de alguna catástrofe, un París que hubiese desaparecido ya en parte en el sufrimiento y en la vergüenza de lo que su inmensidad ocultaba.

Pedro, macilento y sombrío, miraba su raida sotana, cuando el abate Rose, que al parecer se había ocultado detrás de un pilar del pórtico para escucharle, salióle al encuentro.

—¡Ah! ¿ya está usted aquí, hijo mío?—exclamó.— Quiero pedirle un favor.

Parecía desazonado é inquieto; con una mirada de desconfianza, aseguróse de que no había allí nadie, y después, como si la soledad no bastara para tranquilizarle, condujo á su compañero á cierta distancia, en medio del cierzo glacial que soplabá, y que al parecer no sentía.

—He aquí el caso—continuó.— Se trata de un pobre hombre de quien me han hablado, un anciano, obrero pintor, de setenta años, que naturalmente no puede trabajar más, y que está á punto de morir de hambre en un tugurio de la calle de los Sauces... En su consecuencia, querido hijo, he pensado en usted, reflexionando que consentiría en llevarle estos tres francos de mi parte, á fin de que tenga al menos pan durante algunos días.

—¿Pero por qué no va usted mismo para hacerle la limosna?

(1) Última parte de la trilogía *Lourdes, Roma, París*.

Las tres obras hallanse de venta en la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, y en las librerías de España y América.

El abate Rose se inquietó de nuevo, dirigiendo á un lado y á otro miradas de temor y confusión.

—¡Oh, no, oh, no! yo no puedo más, después de todos los enojos que he sufrido. Ya sabe usted que me vigilan, y que me reprenderían otra vez si me sorprendieran dando de este modo sin saber bien á quien doy. Ciertamente para adquirir estos tres francos he debido vender alguna cosa... pero, yo se lo ruego, amigo mío... hágame usted este favor.

Con el corazón contristado, Pedro contemplaba al buen sacerdote, vestido todo de blanco, con su boca de gruesos labios, que expresaba bondad, y sus ojos claros de niño en su faz redonda y risueña. Y la historia de aquel amante de la pobreza le acudió á la memoria, llena de amargura, recordándole la desgracia que había sufrido por su candor sublime de santo hombre caritativo. Su pequeño piso bajo de la calle de Charonne, que tenía transformado en asilo, donde recogía todas las miserias de la calle, había concluido por llegar á ser causa de escándalo, pues abusábase de su candidez y de su inocencia, y en su casa se cometían abominaciones sin que él lo sospechase. Algunas jóvenes iban cuando no encontraban hombres que las condujeran; dábanse infames citas, y allí reinaba un escándalo monstruoso. Al fin, cierta noche la policía visitó la casa para detener á una muchacha de trece años, acusada de infanticidio; y muy alarmada la autoridad diocesana, había obligado al abate Rose á cerrar su asilo, trasladando al anciano de la iglesia de Santa Margarita á la de San Pedro de Montmartre, donde ocupó de nuevo su plaza de vicario. Esto no era una desgracia sino un simple alejamiento; se le había reprendido; vigilábanle, como él mismo decía; estaba avergonzado, y sufría mucho por no poder dar ya si no ocultándose, como un pródigo aturdido que se sonroja de sus faltas.

Pedro tomó los tres francos.

—Le prometo á usted, amigo mío—dijo—desempeñar su encargo, y crea que lo haré de todo corazón.

—Irá usted después de la misa. ¿No es verdad? Ese infeliz se llama Laveuve, y habita en la calle de los Sauces, una casa con patio, antes de llegar á la calle de Marcadet. Lo encontrará usted fácilmente... y si fuera usted amable, vendría á darme cuenta de su visita esta tarde, á eso de las cinco, en la Magdalena, donde iré á oír la conferencia de monseñor Martha. ¡Ha sido tan bueno para mí!... ¿No vendrá usted también á oírle?

Pedro contestó con un ademán evasivo. Monseñor Martha, obispo de Persépolis, muy poderoso en el arzobispado desde que se ocupó en decuplicar las suscripciones para el Sagrado Corazón, como propagandista verdaderamente genial, había conseguido que le dejaran en París, substituyéndole en San Pedro de Montmartre.

—Yo no sé si podré asistir á la conferencia—dijo Pedro—; pero en todo caso, iré con seguridad á buscar á usted.

El cierzo soplaba; un frío intenso penetraba á los dos en aquella cima desierta, en medio de la niebla que convertía á la gran ciudad en océano de bruma; mas oyéronse pasos, y el abate Rose, sintiendo renacer su desconfianza, vió pasar un hombre muy alto y robusto, que, como vecino, calzaba zuecos é iba con la cabeza descubierta, mostrando su abundante cabello blanco cortado al rape.

—¿No es hermano de usted?—preguntó el anciano sacerdote.

Pedro no se había movido, y contestó con voz tranquila:

—Sí, es mi hermano Guillermo, á quien he vuelto á encontrar en el Sagrado Co-

razón desde que vengo algunas veces por aquí. Tiene allí, muy cerca, una casa que habita desde hace más de veinte años, según tengo entendido, y cuando le veo nos estrechamos la mano; pero ni siquiera he ido á su casa... ¡Ah! todo está bien muerto entre nosotros; nada nos es ya común, y un mundo nos separa.

La dulce sonrisa del abate Rose reapareció, y con la mano hizo un ademán como para decir que no se debía desesperar nunca del amor. Guillermo Froment, sabio de elevada inteligencia, químico, que vivía aislado, como en rebelión, era ahora su feligrés, y debía tratar de reconquistarle para Dios, cuando pasaba cerca de la casa habitada por él con sus tres hijos, y acosado de trabajo.

—Pero amigo mío—repuso el abate Rose—, le entretengo á usted aquí en medio de este riguroso frío, y sin duda no tiene calor... Vaya usted á decir su misa, y hasta la noche, en la Magdalena.

Después, suplicante, y asegurándose otra vez de que nadie escuchaba, añadió con su aire de niño á quien se ha cogido en falta:

—Y ni una palabra á nadie sobre mi pequeño encargo; pues se diría otra vez que no sé corregirme.

Pedro le vió alejarse en dirección á la calle Cortot, donde el anciano sacerdote habitaba un piso bajo pequeño y húmedo, con un poco de jardín para alegrarle. El aspecto desastroso que París presentaba parecía más lúgubre aún bajo las ráfagas del viento helado; y Pedro entró al fin en la basílica con el corazón entristecido, desbordando la amargura que acababa de remover aquella historia, aquella derrota de la caridad, la espantosa ironía del santo varón castigado por dar limosna, y ocultándose para darla siempre. Nada calmó el escozor de la herida que de nuevo se habría en él, ni la tranquila paz en que penetraba, ni la solemnidad muda de la ancha y profunda nave, de una desnudez de piedras nuevas, sin cuadros, sin decorado de ninguna especie; y esta nave, en parte obstruída por la armazón que tapaba la parte superior de la cúpula, en construcción aún. A tan temprana hora, bajo la luz gris que penetraba por las altas y estrechas ventanas, habíanse dicho ya misas de rogativa en varios altares, y los cirios ardían en el fondo de la bóveda. Pedro se apresuró á ir á la sacristía, á fin de vestir las ropas sacerdotales para decir su misa en la capilla de San Vicente de Paúl.

Pero una vez evocados los recuerdos, Pedro no pensaba ya más que en su abatimiento; mientras que, maquinalmente, cumplía con los ritos, haciendo los ademanes profesionales. Desde su regreso de Roma, hacía tres años, vivía en la más dolorosa angustia que puede afligir á un hombre. Por lo pronto, para recobrar la creencia perdida, quiso intentar la primera prueba, y fué á Lourdes en busca de la fe cándida del niño que se arrodilla y reza, de la fe primitiva de los pueblos jóvenes encorvados bajo el terror de su ignorancia; y se había rebelado más ante la glorificación de lo absurdo, la decadencia del sentido común, convencido de que la salvación, la paz de los hombres y de los pueblos de hoy no podría hallarse en ese abandono pueril de la razón. Después, poseído otra vez de la necesidad de amar, sin olvidar la parte intelectual de esta razón exigente, había arriesgado su última paz en una segunda prueba. Fué á Roma para ver si el catolicismo podía renovarse, volver al espíritu de cristianismo primitivo, ser la religión de la democracia, la fe que el mundo moderno, trastornado y en peligro de muerte, esperaba para calmarse y vivir; pero no encontró más que escombros, el tronco podrido de un árbol que no podía tener nueva primavera; y no había oído más que el crujido supremo del antiguo edificio social á punto de

hundirse. Entonces fué cuando, acusado otra vez de la duda inmensa y ante la negación total, volvió á París llamado por el abate Rose en nombre de sus pobres, para olvidar, para inmolarse, para creer en ellos, puesto que ellos solos quedaban con sus espantosos sufrimientos; y entonces también chocó, tres años antes, con ese derrumbamiento, con esa pérdida de la bondad misma, con la caridad irrisoria, la caridad inútil y ridiculizada.

Pedro había vivido aquellos tres años como en una tormenta que siempre va en aumento, y en la que todo su ser había zozobrado al fin. Su fe estaba muerta para siempre, su esperanza misma no podía ya utilizar la de las multitudes para la salvación común; lo negaba todo; y no esperaba más que la catástrofe final é inevitable, la rebelión, la matanza, el incendio, que debían barrer un mundo culpable y condenado. Sacerdote sin creencia, velando por la de los otros, desempeñando casta y honradamente su profesión en la tristeza altiva de no haber podido renunciar á su inteligencia, como había renunciado á su carne de hombre amoroso y á su sueño de salvador de los pueblos, permamecía, sin embargo, en pie con una grandeza solitaria y salvaje. Y aquel que lo negaba todo desesperadamente, que había tocado el fondo del vacío, conservaba una actitud tan alta y grave, perfumada con tan pura verdad, que en su parroquia de Neuilly había adquirido la fama de joven santo, amado de Dios, cuya oración hacía milagros. Pero no tenía más que el ademán del sacerdote, tal como el sepulcro vacío donde no queda ni siquiera la ceniza de la esperanza; y las mujeres doloridas, los feligreses afligidos le adoraban, besando su sotana; y la madre entristecida que tenía en la cuna un niño en peligro de muerte, suplicábale que fuera á pedir á Jesús la curación, segura de que el Señor se la concedería en aquel santuario de Montmartre, donde brillaba el prodigio de su corazón, abrasado de amor.

Sin embargo, Pedro, revestido de las ropas sacerdotales, había llegado á la capilla de San Vicente de Paúl. Franqueó el escalón del altar, comenzó la misa, y al volverse, con las manos abiertas para bendecir, vióse su rostro enflaquecido, su dulce boca contraída por la amargura, sus ojos de bondad ennegrecidos por el sufrimiento. Ya no era el joven sacerdote de facciones animadas por la fiebre de la ternura, que iba á Lourdes, ni tampoco tenía el rostro iluminado del apóstol que marchó á Roma. Había heredado de su padre la energía inquebrantable, y la ternura de su madre, que le dió sus labios ávidos de amor; esta doble herencia estaba en eterna lucha, el combate continuaba siempre, y toda la batalla humana del sentimiento y de la razón revelábase en aquel rostro, ahora demacrado, que expresaba, en los minutos de olvido el caos del abatimiento interior. Los labios confesaban aún la sed insaciable de amor, de sacrificarse y de vivir, sed que no creía poder satisfacer nunca; mientras que, con ánimo esforzado, obstinábase en no rendirse á los ataques del error. Se resistía ocultando su espanto ante el vacío en que luchaba; manteníase majestuoso, hacía los ademanes, y decía las palabras soberanamente. Y la madre que estaba allí, entre las pocas mujeres arrodilladas, la madre que esperaba de él una intercesión suprema, creía verle en coloquio con Jesús para la salvación de su hijo, y parecíale también ver radiar su rostro, á través de las lágrimas, con una belleza de ángel, mensajero de la gracias divinas.

Después del ofertorio, cuando Pedro descubrió el cáliz, experimentó un sentimiento de desdén, porque la conmoción era demasiado profunda y pensaba en aquellas cosas. ¡Qué niñada habían sido sus dos experiencias en Lourdes y en Roma; qué candidez de pobre ser perdido, devorado por la necesidad de amar y de creer! ¡Ima-

ginarse que su ciencia actual se acomodaría en él con la fe del año mil, y, sobre todo, haber cometido la necedad de creer que él, insignificante sacerdote, iba á dar una lección al Papa, induciéndole á ser un santo y á cambiar la faz del mundo! Pedro estaba muy avergonzado. ¡Cómo debían haberse reído de él! Y por otra parte, su idea sobre un cisma le hacía sonrojarse también. Volvía á verse en Roma, soñando en escribir un libro, en el que se separaría violentamente del catolicismo para predicar la nueva religión de las democracias, el evangelio depurado, humano y viviente. ¡Qué ridícula honra! ¡Un cisma! Había conocido en París un abate de mucho corazón y de gran talento que intentó efectuar este famoso cisma, anunciado y esperado. ¡Ah! pobre hombre; triste é ilusorio, trabajó en medio de la incredulidad universal, de la indiferencia helada de los unos, y de las burlas é injurias de los otros! Si Lutero volviera en nuestros días, acabaría su vida en un quinto piso de las Batignolles, olvidado y muriéndose de hambre. Un cisma no podía tener buen resultado en un pueblo que no creía ya, que deja de interesarse por la iglesia para poner en otra parte su esperanza. Todo el catolicismo y hasta todo el cristianismo iban á quedar absorbidos, pues el Evangelio, fuera de algunas máximas morales, no era ya un código social posible. Y esta certidumbre aumentaba su tormento, era la que hacía pesar más la sotana en sus hombros, y acababa por despreciarse á sí propio, y celebrando así el misterio divino de aquella misa, que para él había llegado á ser el remedo de una religión muerta.

Pedro, que había llenado ya el cáliz á medias con el vino de las vinageras, se lavó las manos, y vió de nuevo la madre, con su rostro de ardiente súplica. Entonces pensó que por ella, poseído de un sentimiento caritativo de hombre ligado por un juramento, seguía siendo sacerdote, aunque sacerdote sin creencia, que alimentaba con el pan de la ilusión la de los demás. Pero esta actitud heroica, este deber altivo en que se encerraba, producíale una angustia creciente. ¿No le imponía la simple prohibición el deber de arrojar la sotana y volver á vivir entre los hombres? Su situación, falsa en ciertas horas, hacíale sentir profundo disgusto por su inútil heroísmo, y se preguntaba de nuevo si no era cobarde y peligroso dejar á las multitudes vivir en su triste superstición. Ciertamente que la noción de un Dios de justicia y de vigilancia, de un paraíso futuro donde se redimían todos los padecimientos de aquí bajo, había parecido largo tiempo necesaria á las miserias de los pobres hombres; pero ¡qué engaño, qué explotación tiránica de los pueblos; y cuánto más viril sería proceder con éstos brutalmente, comunicándoles valor para vivir la vida real en medio de las lágrimas! Si se apartaban ya del cristianismo, ¿no era porque necesitaban un ideal más humano, una religión de santidad y de alegría que no fuera una religión de la muerte? El día en que la idea de caridad se hundiera, el cristianismo se derrumbaría con ella, porque se apoyaba sobre la caridad divina, corrigiendo la injusticia fatal, ofreciendo las recompensas futuras á quien hubiera sufrido en esta vida. Y se hundía porque los pobres no creían más; enojábanse ante aquel paraíso engañoso, cuya promesa había mantenido tan largo tiempo su paciencia, y exigían que no se les enviase al más allá de la tumba para regular su parte de felicidad. Un grito de justicia se elevaba de todos los labios, la justicia en esta tierra, la justicia para aquellos que tienen hambre y sed, á quienes la limosna está cansada de socorrer desde hace dieciocho siglos de Evangelio, y que no tienen siempre pan para el sustento.

EMILIO ZOLA.

(Continuará.)



SECCIÓN LIBRE



LOS DOS PRISIONEROS Y LAS DOS MISAS

Durante las luchas civiles, que con frecuencia tan dolorosa promueven en España *los mercaderes del templo*, cayeron en poder de sus contrarios ejércitos, un liberal y un carlista.

Ambos habían sido trabajadores, compañeros y amigos en el pueblo de su naturaleza, de donde los arrancó, al uno la quinta, y al otro el hambre, aliviada por el sueldo de voluntario en las huestes del fanatismo.

Raras coincidencias ocasionaron que, canjeados, recibieran sus licencias absolutas volviendo al país natal y á sus faenas agrícolas, en las cuales renovaron la fraternidad que de chicos les había enlazado.

Referíanse los episodios de su vida militar, las acciones de guerra en que tomaron parte y los mil incidentes de la campaña horrible, donde padres contra hijos, y hermanos contra hermanos se batían feroces, sin saber por qué, salvo el instinto de conservación hábilmente enardecido por los distintos jefes.

Por el relato de las fechas y sitios de los encuentros, dedujeron haberse hallado varias veces disparándose tiros fratricidas y hasta en el mismo día y á iguales horas oyendo misa en sus respectivos campamentos.

Este fué uno de los sucesos que más vivamente impresionaron al ex carlista Manuel Arcas, obligándole á entablar con su camarada Jacinto Pedrosa, el diálogo que copiamos:

—Pero hombre, ¿cómo se explica que creyendo en un mismo Dios, en la misma patria y en idénticas virtudes nos obligaran á batirnos; ó es que el Dios que defendíais los liberales era distinto y otra vuestra nación é intereses patrios?

—Pues ahí tienes, Manuel. Iguales eran el Dios, la patria y los sentimientos; pero también era igual la bribonería de nuestros jefes, quienes al llevarnos á la muerte, no defendían nada de aquello, sino los galones y el lucro que cada cual quería para sí. El general de mi división y el cura jefe de tu partida, nos arengaban con idéntico propósito: á ti te decían, ¡viva la religión! á mí, ¡viva la libertad! y ni tú ni yo comprendíamos que ambas frases en sus labios significaban ¡viva mi provecho!

Convécete, Manuel, de que fuimos tan torpes como las tropas de nuestra compañía, no dejándolos á ellos solos hacerse pedazos.

El día que caí herido y prisionero, me llevaron á presencia del cura comandante de la partida, fariseo trabucaire que al verme, ordenó se me fusilara dentro de veinticuatro horas si no llegaba rescate, añadiendo la infame hipocresía de ofrecerme sus auxilios espirituales para morir cristianamente, caso de no tomar el fusil en defensa de Don Carlos. Se lo ofrecí, salvando la vida, aunque con el propósito de evadirme á la primera ocasión; pero revistiendo mi herida cierta gravedad, me enviaron á un hospital cercano, donde se presentó canje, lográndolo por inútil para campaña, y después en filas, ser licenciado.

Las barbaridades que presencié durante mi corta estancia entre los tuyos; la irreligiosidad, latrocinios, violencias y desafueros de toda clase, cometidos diariamente por aquella horda, no tienen número ni descripción posible. Sólo veneraban á Dios en la misa ó en el rosario, porque fuera de dichos actos, vueltos servicio militar de mecánica, no se les oía otro lenguaje que el de blasfemias y desenfreno. ¡Y qué mujeres tan ruines las devotas y beatas de los pueblos que cruzábamos! Su salvaje fanatismo las hacía considerar como piadoso sacrificio y meritoria virtud para salvar el alma, dar gusto cumplido á las lúbricas exigencias de los defensores del altar, porque las miserables, entregándose á ellos, se figuraban hacerlo á enviados del Señor y verse en el mismo trance que la Virgen María con el Arcángel Gabriel.

La boina y el escapulario daban sagrado ascendiente para penetrar en las alcobas y reposar en cualquier lecho libre de varón, mientras los comandantes sacerdotes, alojados en los conventos de monjas, aplacaban cuanto podían las ansias y ternuras de las esposas de Cristo.

¡Matar, robar y no hacer daño á nadie!

¡Viva la religión, me c... en D...!

¡A los enemigos de Dios, j...! eran las imprecaciones habituales de los voluntarios, *casi virtuosos*, comparadas con las que lanzaban los perdidos mocosuelos del Requeté, pequeños tigres, amaestrados y dispuestos siempre al asesinato y al pillaje.

Júrote, Manuel, que antes de ir al servicio yo no era liberal, ni carlista, ni nada; pero desde que corrí la campaña, siento escalofríos y náuseas oyendo hablar de curas, tronos y rosarios.

—Jacinto, has dicho la verdad; aunque debo advertirte que cuantas tropelías y vilezas has citado, también las cometió la tropa del gobierno, sin más diferencia que recatarse al hacerlas, por ser más enérgica la subordinación y enemigo el país en que operaban; pero en cuanto á los curas, ¡cuán cierta veo la falsedad de su representación divina, y qué enorme diferencia hemos presenciado todos entre sus doctrinas y sus acciones!

Dejando aparte el contrasentido de que un Dios de paz y amor se interese por los éxitos de las guerras y proteja á cualquiera de los dos bandos enemigos, carece de explicación la necesidad de esas gentes guerreras, dando fe á la misa y oraciones que los sacerdotes contrarios dirigen á la propia divinidad, cuyo acto supone la burla más cruel de Dios y de los hombres.

Meditando sobre ello, he comprendido que no es posible inventar absurdo tan sacrilego como el cristiano, pidiendo á un mismo Dios el triunfo al reñir en bandos opuestos; pero si estúpidos son los creyentes, ¿qué hipocresía y cinismo no revelan los curas imbuyendo semejante disparate?

Resulta, pues, evidente, que siendo unos impostores los que hablan del cielo, también debe ser mentira lo que nos han enseñado en los catecismos é historias religiosas.

—Me alegro mucho, Manuel, de oírte expresar tan sabiamente, porque el mayor talento consiste en decir lo que se siente, sin rodeos farsantes, ni temores vergonzosos. Tus ingenuas palabras, descubren el engaño de la religión y de la política, esas dos plagas que hacen vivir como esclavos á los trabajadores, arrebatándonos la instrucción y la dignidad, con los medios de poseerlas y transmitir las á nuestros hijos.

Los señores ricos, curas y gobernantes, dicen que son los pastores; pero son los lobos del rebaño humanidad. Nos estrujan y roban sin compasión, obligándonos ade-

más, á ser sus soldados para defenderles y guardarles el fruto de sus rapiñas, que hasta nosotros mismos se las logramos y ellos devoran, tirándonos algunos huesos para entretener nuestra miseria. Ellos los cazadores; nosotros los perros amaestrados. Y tanta es nuestra desgracia que, creyendo sus embustes, nos volvemos enemigos, dándonos la muerte y sometiendo á igual tiranía á los padres y hermanos del corazón.

Denominan leyes, á sus caprichos. Sagrada propiedad, á sus latrocinios. Higiene, á la forzosa prostitución de nuestras mujeres. Justicia, al patíbulo y presidios. Moral, al fanatismo. Y á los atropellos que ordenan y ejecutan contra los que protestamos, orden público.

Todo está al revés; todo, todo. Lo infame se llama virtud, y la honradez tontería. Sólo está reconocido crimen y perseguido como tal, el delito de ser pobre y ganarse la vida trabajando.

El único consuelo que nos queda, es el de empezar á saber de dónde proceden nuestros males y desear ponerles remedio. Y aunque «del dicho al hecho, hay gran trecho», aquel conocimiento alienta nuestras esperanzas de que descubriremos pronto la medicina que nos salve.

—Chócala, Jacinto; estamos conformes: á trabajar por y para nosotros. Ni carlistas ni liberales, á mando ajeno, sino trabajadores contra holgazanes, criados contra amos, pobres contra ricos, súbditos contra jefes, robados contra ladrones, explotados contra explotadores. Revolución social permanente y sin cuartel, mientras exista un propietario ó un aspirante á serlo. Guerra á la guerra y á sus causantes. El que quiera comer que trabaje.

Los generales de nuestros enemigos, se llaman *el dinero y la fe*. Matemos ambos y la redención humana se cumplirá.

Por la copia,

JOSÉ LÓPEZ MONTENEGRO.

PERSONALIDAD

Aunque nos remontáramos á los tiempos primitivos y por etapas sucesivas descendiéramos á las escabrosidades del más salvaje barbarismo para llegar á las presentes generaciones, siempre descubriríamos el mismo fenómeno. El de que siendo el sentimiento de justicia el más importante de todos los que elabora la evolución, es, no obstante, el que aparece más degenerado en nuestras manifestaciones sociales.

Consecuencia lógica de este rebajamiento es la resignación, la sumisión, la obediencia y la cobardía que se descubre actualmente en todas las manifestaciones públicas. Terrible estado.

Por mucho que los sentimientos sociales se regeneren, el espíritu de redención no arraigará en la conciencia de los pueblos, en tanto que el sentimiento de justicia gima bajo el peso de convencionalismos ridículos y falsos respetos.

Es concebible la inacción y el silencio cuando tras una tormenta popular los elementos malvados, tigres insaciables, logran por medio de la destrucción y del asesinato, apaciguar el furor revolucionario de las masas. Pero esa inacción y ese silencio están fuera de la realidad, cuando el sentimiento de justicia, tanto más fuerte cuanto más se le persigue, late vigoroso en el seno de las huestes vencidas hasta elaborar el nuevo movimiento de avance. Construir con y por la revolución, esta es la obra rege-

neradora. Corazones semejantes sufren, pero no se resignan; callan, pero no se someten; pueden quedar vencidos, pero no acobardados. Pueblos de esta naturaleza poseen el sentimiento de justicia, y aunque sean desgraciados, los hombres ambiciosos, envilecidos y deshonrados, que escalan los poderes públicos, andan algún tanto comedidos, recordando el filo de la guillotina popular que, puesta en movimiento, trabaja vertiginosamente. La elocuencia histórica les anonada.

Es lo que se olvida muy á menudo y lo que hace falta al pueblo español. Elevarse al nivel histórico de los acontecimientos. Si, desentendiéndose de comedimientos funestos, consejos malsanos y de todo ese enjambre de polillas que le roen las entrañas, probara de abrirse paso por sí solo y buscara la victoria en sus recursos propios y no en los pujos oratorios de cuatro chalanes que convierten en artículo de subasta las dudas y temores que nos detienen, otra sería la suerte de los que sufren, de los que se mueren, de nosotros, condenados al suicidio lento y cobarde. ¡Y seguimos llamándonos honrados!

No, no; no es honrado vivir así. Hay que hacer visible el sentido de la realidad, de la justicia, de la moral. La injusticia prevalece por la debilidad de las masas. Si horribles crímenes políticos han perturbado nuestro sosiego, en la indiferencia pública halló su más asqueroso instrumento. Si doscientas mil madres lloran la irreparable desgracia de sus hijos, abandonados á los azares de la guerra y al vandalismo repugnante que azotó el grito de un pueblo escarnecido, vilipendiado y mil veces azotado, acúsele á la ignorancia, al abandono de estas mismas madres que, en lugar de dar ejemplo de virilidad en los jóvenes corazones, arraigan en ellos la duda, la incertidumbre, el temor.

Hay que ofrecer ejemplos que les enardecen. Hay que determinar hechos y actos en los que se despierte con potencia irresistible el sentimiento de justicia tan necesario para la paz de los pueblos.

Ahora bien; ¿quién va á determinar estos actos? Nosotros mismos y cada uno de por sí. ¿Acaso para redimirnos necesitamos de agitadores, de hombres que nos inspiren confianza? ¿Será tan mezquino el concepto que nos hemos formado de nosotros mismos, que todavía hayamos de buscar quien nos sujete á su capricho? ¿Por qué exponernos á ser de nuevo víctimas de los errores ajenos? No, no entreguemos nuestra acción al deslumbramiento de virtudes personales. Rompamos con la tradición, con el atavismo de las costumbres. Basta ya de ejércitos y disciplinas. Convicción, fuerza de convicción. ¿Debemos decretar sistemas de obediencia? Por ella se llega al servilismo, por el servilismo á la degradación, de la degradación se pasa al envilecimiento y del envilecimiento á la muerte de la personalidad humana. Muerto el corazón de los humanos, la revolución es imposible.

Si el sentimiento de justicia es necesario á todos y á cada uno de nosotros, ¿para qué volver la mirada por todas partes buscando *alguien* que sepa conducirnos, siendo así que colectiva é individualmente podemos determinarlo?

Esto es incontestable. La obra revolucionaria se determina por una oposición resuelta á todo aquello que tienda á imponer reglas á nuestra voluntad; se determina imponiendo justicia por nosotros mismos, rechazando directamente cuanto subleva nuestra conciencia y sobre todo destruyendo el virus que emponzoña nuestra existencia, sea cual fuere el sitio é instante que aquél nos amenace. Obra muy distante de la que trazan con tintes tenebrosos los escritores profesionales.

¿Qué es lo que puede oponerse á las consideraciones expuestas en este artículo?

¿El sacrificio personal? ¿Qué significa la vida de un hombre ante la redención de las humanidades?

Y bajo otro aspecto, ¿qué es si no un sacrificio eterno el resignarse á esta vida de hambre y humillaciones á que nos sujeta la explotación del hombre por el hombre?

LEOPOLDO BONAFULLA.

TRIBUNA DEL OBRERO

ENTRE JARAS Y BREZOS

VIII

REMORDIMIENTO Y DESPECHO

Retrocedamos al capítulo anterior, donde hemos dejado al padre de Elisa dado á los diablos en el momento de lanzar su hija á la calle y cerrar la puerta.

Todo colérico se paseaba por la estancia, tirándose de los pelos y lanzando maldiciones é imprecaciones de sus labios.

Su hermana lo contemplaba con pena, y con fraternales palabras trataba de calmarlo.

Por fin, el padre de Elisa se sentó en una silla, apoyó los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, quedando así por largo rato entregado á sombrías meditaciones.

Después comenzó á sollozar y á llorar amargamente, y aquel llanto, nacido de su orgullo humillado y de su ambición frustrada, iba abriendo poco á poco su corazón, para dar entrada á sus sentimientos paternales. Comenzaba á inquietarse por la suerte que correría su hija, y en el fondo de su alma empezaba á remorderle la conciencia por lo duramente que la había castigado.

Se levantó de pronto, corrió á la puerta, saliendo á la calle para buscar á Elisa y encerrarla, á fin de que no se enterase nadie de su deshonor; pero Elisa no estaba ya en la calle; había desaparecido.

Corrió calle arriba y calle abajo, en la actitud de un loco, sin sombrero, con el cabello flotando al aire y los ojos desencajados, pintándose en todo su rostro la imagen de la desesperación; pero no encontró lo que buscaba, no vió á su hija.

—¡Oh! ¡La infame ha huído!—se dijo, y seguía corriendo sin saber á dónde y sin preguntar á nadie.

Las vecinas de la calle se habían ya enterado por Arturo de la deshonor de la joven, pues éste, apenas salió de la casa de la señora Tomasa, faltóle tiempo para publicarlo por todo el pueblo, y al ver al señor Felipe en aquella actitud, que bajaba y subía la calle sin darse cuenta de lo que hacía, se creyeron que se había vuelto loco, y una de las más desvergonzadas de las que formaban un corrillo, especie de mentidero, se atrevió á preguntarle:

—¡Eh! Señor Felipe; ¿buscáis á vuestra hija?

—Sí. ¿Dónde está?—preguntó el buen viejo con impaciencia.

—Pues se habrá ido con el hijo del tío Juan Contreras—respondió la mujer en son de burla.

Este insulto lanzado por una mujer á su mismo rostro, exasperó al viejo, hacién-

dole volver en sí. Miró fijamente á aquella desvergonzada, lanzando sobre ella una mirada amenazadora, y todo corrido volvió á su casa con el firme propósito de no perdonar á su hija, que lo obligaba á no poderse presentar en público con la frente descubierta.

Ya en su propia casa, su hermana lo esperaba con impaciencia, pues había salido al rato de la escena que se había desarrollado, creyendo que Elisa, al ser despedida por su padre de su casa, habría ido á la de él, y éste, al encontrarse nuevamente con su hija, la castigaría; y ella quería ser la intermediaria para la paz y la reconciliación entre padre é hija.

La señora Tomasa hallábase acosando á preguntas á la vieja sirviente de su hermano, cuando éste entró dando fuertes patadas por el suelo y pronunciando palabras incoherentes.

—Vamos, Felipe, no desesperes y ten valor para sobrellevar esta desgracia—y añadió.— Por lo que veo, no sabes dónde ha ido á parar Elisa.

—No; la miserable ha huido y no sé dónde se habrá refugiado. Tal vez...

Apenas pronunció esta última palabra, cuando llamaron á la puerta dando dos aldabonazos. La criada corrió á la puerta y se encontró con el señor cura, el cual le preguntó:

—¿Está en casa el señor?

—Ahora poco acaba de entrar—contestóle la vieja.

—Pues decirle que tengo que hablarle de cosa que le interesa mucho, y que si puede recibirme.

La criada corrió á poner á su señor en conocimiento de los deseos de D. Antonio, y volvió al momento diciendo al sacerdote:

—Mi amo os espera. Entrad y seguidme.

Pocos momentos después se encontraba sentado el buen cura frente al señor Felipe y hermana, explicándole la misión de aquella visita, y que ya había visitado á Pedro y á su padre, mostrándose todos conformes con el casamiento de la joven con su hijo, el cual se encontraría en aquellos momentos consolándola, y que era preciso que la perdonara y diera su consentimiento para el casamiento.

El señor Felipe, hombre en extremo orgulloso y que sentía herido su amor propio, dijole que jamás la perdonaría, y que se casase ó hiciese lo que quisiera; pero que no quería verla más, porque si la veía, provocaría su cólera y su enojo. Daba su consentimiento para que se casase con su amante, porque ya no se interesaba por su suerte y la dejaría desheredada.

Por muchas súplicas y sabias razones que empleó el sacerdote para que la perdonase, no pudo conseguir que la volviese á admitir en su casa.

Su hermana también le suplicó que la perdonase, lo que hizo desatar su ira, diciéndola bruscamente:

—Tú también. La confié á tu guarda creyendo que estaría más segura de las miradas de ese imbécil, y mira lo que he conseguido... Tal vez tú hayas sido la encubridora de esos amores, engañándome hipócritamente.

—¿Yo?—dijo la buena mujer llevándose una mano á la cabeza, como sorprendida de la acusación que le hacía su hermano.

—Sí, tú has debido consentir en esos malditos amores que han manchado nuestra honra inmaculada—replicó el señor Felipe lanzando sobre su hermana una mirada acusadora.

—Te juro, hermano, por las espinas del Señor, que mientras Elisa ha estado en mi casa, confiada á mi guarda, no ha hablado ni una sola vez con su amante.

—Pues entonces no comprendo esto—dijo su hermano levantándose de la silla mal humorado, con lo que indicaba á su hermana y al sacerdote que estaban allí demás.

Don Antonio se levantó, y calándose el sombrero, se despidió del padre de Elisa todo contristado por el mal resultado de sus gestiones.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)

A LOS CHARLATANES DE OFICIO ¿UTÓPICOS?

Desde el elevado sitio en que os habéis colocado, merced á vuestros *grandilocuentes* discursos, y ante un público que os aplaude sin comprenderos, afirmáis: «Que la ley del progreso es ineludible, que la humanidad progresa incesantemente», etc., etc. Todo esto está bien; pero he aquí que, á renglón seguido llamáis utópicos, locos ó soñadores, cuando no bandidos y asesinos, á quien hay que exterminar como fieras, á los que aspiramos á que ese progreso redunde en beneficio de todos, no de unos pocos; á que sea un hecho, no simples palabras.

Con esto os contradecís lastimosamente. O desconocéis los hechos más transcendentales de la historia y la evolución de los pueblos, ú obráis de mala fe.

En el primer caso, sois torpes y no merecéis los aplausos que os prodigan; en el segundo, sois algo peor: sois malvados, perpetuáis la ignorancia y merecéis que los que os escuchan os confundan.

¡Progreso! Vosotros os servís de esta palabra como pudiérais servir de una escalera de mano: la quitáis y ponéis á vuestro antojo, según os conviene subir ó bajar por ella.

¡Utópicos! Eso han sido los innovadores de todas las ideas que se han salido de la corriente vulgaridad, sin perjuicio de que sus utopías hayan sido después admitidas y hasta desechadas después por incompatibles con las necesidades de los pueblos.

¡Locos, perturbadores! Eso y más nos llamáis; ¿y qué? Loco fué Colón, y hoy le erigís estatuas; perturbador fué Jesús, y os postráis y descubrís ante su imagen.

Admitiendo el progreso, como vosotros al parecer lo admitís, ¿cómo dudar de un ideal que no necesita de la abnegación, del desinterés ni de la virtud, porque no admite potentados, ni hambrientos, ni ramera, como vosotros necesitáis, y no prohíbe, como vosotros prohibís con vuestras leyes, el comer, el reproducirse y el saber?

¡La anarquía! Sociedad sin leyes, que vejan, atropellan y restringen; sin Dios, que anule la personalidad; sin reglamentos que cohiben; sin propiedad, que hace esclavos y hambrientos; sin fuerza y sin dinero, que surgen criminales y señores. Una sociedad en que cada individuo, sin exceptuar uno solo, tengan satisfechas sus necesidades intelectuales y corporales; en la que cada individuo se desenvuelva libremente con arreglo á sus gustos y aptitudes, sin trabas de ningún género. ¡Qué horror! ¡Locura! ¡Utopía!—clamáis, haciendo melindres.

En cambio, ¡qué hermoso la explotación, el engaño, la hipocresía! En esta sociedad los menos son señores; los más esclavos; unos llenos de comodidades, otros desnudos; unos arrojando manjares, otros muertos de hambre; unos habitando lujosos palacios, otros yertos en el arroyo por no tener albergue.

¿Es verdad que es muy hermosa, muy equitativa, muy humana vuestra sociedad? Ya lo creo.

El hombre besando la mano del hombre para alcanzar un mendrugo, y como epílogo, el hombre armado para defenderse... del hombre...

Y nosotros, ¡locos! propagando nuestro ideal para concluir con ese conjunto de cosas tan *armónico*...

La muerte merecemos por sólo eso, sí; y haréis bien en perseguirnos. Continuad... que, á pesar de vuestra oposición, el ideal triunfará. ¿Hoy? ¿Mañana? Triunfará. Eso basta.

Tal es mi convicción, que me parece tonto discutirlo, como sería tonto discutir si el sol da ó no calor.

¿Quién lo duda?

Si la tierra de una inmensa bola de fuego ha sufrido transformaciones hasta el punto de habitar en su superficie seres orgánicos ó vivos; si de una planta ha surgido un hombre por las leyes naturales del transformismo; si de aquellos tipos primitivos que vivían en las cavernas con los mastodontes han surgido sabios y pensadores, como Séneca, Sócrates, Colón, Voltaire, Franklin y tantos otros; y transformadores de la idea como Budha, Jesús, Mahoma, Calvino, ¿no es un hecho el progreso?

Y existiendo éste, ¿cómo dudar de nuestro ideal, cuando relativamente tan poco falta, puesto que sólo nos separa, más que la convicción, la rutina de los más y el egoísmo de los menos?

Los argumentos que oponéis para demostrar que nuestros ideales son sólo *un producto de cabezas calenturientas*, son de gran peso, dignos de *tenerlos en cuenta*, como elaborados en vuestras *frescas* cabezas. Perseguid, encarceláis y... hasta retorcéis testículos.

Mejor. No se os puede pedir más en atención á lo que sois. Es el mejor abono que podéis hacer por la anarquía.

Lo que vosotros perseguís ha de ser bueno y elevado. Algo de eso tendrá nuestro ideal, cuando con tanta rabia lo perseguís; pero, rabiad; á vuestro pesar, triunfará.

El cristianismo triunfó porque los cristianos fueron perseguidos; la democracia se ha arraigado en las conciencias, porque se ahorcó á los *descamisados*.

Lo mismo sucederá con la acracia, con la diferencia que ésta no se mixtificará como se mixtificó el cristianismo, ni como se ha mixtificado la democracia. Es algo más grande, más puro, más en armonía con la naturaleza; por eso os asusta.

¡Ah! Si pudiérais mixtificarlo, os llamarías ácratas desde mañana. ¡Qué os importa á vosotros el nombre si con él llenáis el estómago!

Siembre habéis abominado del progreso; hoy lo mezcláis en vuestros discursos porque así os conviene; decir que lo aborrecéis, sería exponeros. Veis la corriente, y os conviene ocupar *nuestro* puesto...

Habláis de progreso. ¡Qué sabéis vosotros de eso! ¡Vuestro egoísmo y pequeñez no pueden concebirlo!

Habláis de progreso, y matáis, después de mutilar, á sus defensores.

Seguid derramando sangre de los *bebedores de sangre*, que esa sangre es fecunda: abona el campo social, produce ideas y partidarios, crecen los odios... Seguid derramándola, que ella os ahogará.

FRANCISCO PÉREZ.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.